



Nára y la isla de los leprósos

*** * ***

«Oídmme con cuidádo, siémpre decía, que los días son muy córtos y hoy, y hoy, os téngo múcho que contár»

Índice

Contenído

Nára y la ísla de los leprósos	1
¿Dónde viven los personájes de las novélas?	3
El Sultán y su hija	27
La huída hácia el mar	38
Introducción a «La ísla»	40
La ísla de los leprósos.....	42
El capitán	47
«El Transmisór de mensájes»	51
Adél, el ayudánte del transmisór de mensájes.....	79
Nára en la ísla	92
El canálla.....	99
Haméd.....	101
Lo que tenía que pasár, pasó.....	117
El regréso de Nára al continénte.....	118
La história de Omár o el valór del água.....	124
El camelléro, Azhár y Daúd.....	153
El médico y la profesóra.....	156
Azhár y Daúd en la ísla	163
La redención	174
La desilusión de Nára.....	177
La maduréz	179
Nára y la flor de dos colóres.....	186
Finál del recorrido con Nára	192
Adél el Viéjo	200
Epílogo	207
Reconocimiéntos.....	209



¿Dónde viven los personajes de las novelas?

O, ¿cómo se escribe y se firma un relato, cuando el personaje que has inventado te ayuda a hacerlo?

Relátan: el autor y Nára.

Una mañana, mientras estaba leyendo en un banco del parque del Putxét en Barcelona, alguien se sentó al otro extremo. No me giré para mirár, puesto que el banco era amplio, no se había acercado demasiado a mí y, ¡qué caráy!, los bancos están para eso. Además, son públicos y permiten sentarse a varias personas a la vez, en caso contrario, los harían más pequeños.

Pasaron varios minutos y...

—Escúcheme por favor. —Dijo una voz a mi derécha—. Sé que usted es escritor. Soy fea, desgraciada, exleprosa y necesito tener un hijo. No, no me mire y no se asuste, no me acercaré más, sin embargo, présteme atención.

No supe cómo reaccionar, procesar tanta información de golpe me fue imposible. A la mujer la habían informado mal. Escribo, pero no soy escritor. No sabía de qué manera la podría ayudar. Si me buscaba por este motivo, de poco le iba a servir.

Había iniciado un giro hacia ella para verla, ese gesto sólo me permitió ver la silueta de una mujer vestida de negro y de espaldas. Al decirme que no la mirara, volví a mi posición con la vista al frente. Dejé el libro sobre el banco y crucé los brazos.

Lo que más atrajo mi atención de su presentación, era lo de ser exleprosa. ¿Por qué me interesaba más su enfermedad, que lo de tener un hijo o que ella me hubiese buscado para contarme su vida? Y sí, debo reconocerlo, me resultó raro que una persona iniciase una conversación definiéndose de esa forma tan extraña.

Curiósamente, en esos días estaba pensando en escribir un relato sobre una mujer aquejada de esa

enfermedad y, ¡oh casualidad! alguien que la había sufrido, venía a contarme su experiencia.

Demasiada, sí, demasiada coincidencia. Lo extraño es que, en este caso, no había hablado con nadie sobre el hecho de que estuviese escribiendo acerca de ese tema, ni que la protagonista fuese una mujer.

—La escúcho.

—Ahora que he captado su atención, quisiera presentarme: soy Nára, la protagonista de un relato que ha escrito. Soy su personaje, la mujer que usted ha creado y que todavía está presente en su imaginación y cuya historia desea ampliar, pero que, todavía no sabe cómo.

Calló, supongo que para darme tiempo y así poder asimilar que era una broma original o, la verdad, no pude imaginar ninguna otra explicación. Miré alrededor y no vi nada especial, nadie parecía estar grabándonos.

—Continúe por favor.

—Sé que soy una invención, que no existo, a mí no me duele nada, salvo cuando usted asegura que algo me hace daño. No estoy triste al saber que me

ha descrito como una vieja. Sé que todo ocurre sólo en su mente. No me ha creado como una mujer feliz, aunque alguna vez lo he sido. Y no gracias a usted.

—No sé qué decirle.

—Lo entiendo, formo parte de su historia y puede imaginárla como quiera. ¡Pero los cambios!, como autor está modificando mi vida demasiadas veces. En alguna ocasión es sólo un pequeño detalle ortográfico, como cuando yo afirmo algo con rotundidad, y al poco tiempo usted añade unos símbolos de interrogación, esto me hace quedar perpleja. En los instantes previos yo estaba segura y, acto seguido lo estoy dudando.

—Míre señora...

—¡Déjeme acabar! He venido a decirle que su relato no es sólo mi historia, afecta también a otros personajes que son mis amigos. En tiempos anteriores un relato se escribía y ahí quedaba inamovible. Todos los que habíamos sido creados en él, sabíamos qué se esperaba de nosotros. Repetíamos nuestro papel incesantemente, letra a letra. Lo conocíamos, lo asumíamos y no nos suponía ningún problema.

Íba a interrumpírla, péro me estába agradádo tánto, que ni me moví.

No es su cáso señór autór. Con su manía de estar retocádo tódo constántemente, nuéstras penas y algunas alegrías son imprevisíbles.

Usted disfrúta escribiéndo y nosótro sufrímos. He venído a proponérle un tráto: le voy a ayudár a escribír mejór y más rápido su reláto, péro basádo en mí realidad, pára que no ténga que hacér tántos y tan frecuéntes cámbios. Sólo ha escríto sóbre mis últimos áños y, áunque usted no sépa de élla, he disfrutádo de úna vída muy interesánte.

Estába impresionádo.

Créo que su idéa y reláto sóbre mi vejéz es buéna. Quiéro, iguál que usted que la amplíe, éso sí y, sóbre tódo, necesíto que me dé un híjo, deséo tenérlo. El pádre, puéde ser cualquiera de los que en mi vída me han querído y yo a éellos. No básta que lo invénte, quiéro que escriba tóda su vída conmígo, désde el pártó hásta cuando yo muéra. Necesíto vivírlo y disfrutárlo.

En ése momento lo que yo necesitaba era un café bien cargado.

Reconózco autor, que piensa usted mucho en mi vida y cómo hacer su historia más atractiva, soy su heroína, pero yo estoy conmigo misma todo el tiempo, me conozco mejor que nadie. Y sí, es cierto, yo soy el resultado de lo que usted escribe, a pesar de ello, tengo ideas propias, deseos únicos que quisiera explicarle y compartir. Sería una nueva visión de su ficción. Su relato es bueno, si bien muy corto. Mi vida... la mía, no es sólo la que ha inventado, es mucho más densa y verdaderamente fascinante. Se la puedo mostrar a cambio de lo que le he pedido.

Ha escrito sobre mí sólo la parte final, cuando ya soy vieja. Lo reconózco, no está mal, tiene interés. Sin embargo, ¡cuánto se ha perdido!, mi juventud como una princesa caprichosa, el rapto, mi madurez. Además, la vida en la «Isla de los leprosos» ¡mi oasis en el mar!, el contagio de la lepra y luego el mar en un oasis. Para acabar, en lo que usted escribió cuando ya soy vieja. De todo esto usted no sabe ni dice nada. No explicá cómo llegué y aparecí en su historia. Ni de dónde salen o cómo acaban los otros personajes tan encantadores que he conocido, los hay que tienen una vida

maravillósa a relatár. Tódo ésto lo desconóce, ¡no ha escrito náda sóbre ésto tan maravillóso que le acábo de comentár!

¡Déjeme ayudárle, permítame presentárle mi vída, yo la conózco mejór que nádie!

—Si me permí... *No continué, suspiré, péro no volví a abrir la bóca.*

—Ésto es lo que le ofrézco: hay en éste Univérso un sitio donde «habitámos» los personájes creádos (si es que ésta es la palábra apropiáda) y yo véngo de ése lugar. Es ótro mún-do, allí convíven las histórias iniciádas, las acabádas y las inacabádas, con personájes mil véces repetídos que en ése lugar se conócen, hácen amígos o enemígos.

Increíblemente origínan ótras histórias, sus própias histórias que ya no tiénen náda que ver con los autóres, ni se aseméjan a lo publicádo. Ustedes nos han concebído, a pesár de éllo, nosótro-s continuámos cuando los escritóres se detiénen y seguímos viviéndo. Hay más epopéyas, fábulas y leyéndas en ése paraíso, que estréllas en el firmaménto.

Pensé que le podría apasionár encontrár ésa mína de relátos nuévos que no tiénen quién los escriba. Usted podría aprovechar e incorporár algunas de éstas vídas o idéas a las súyas. Le puédo llevár allí, sé cómo entrár, salir y hacérlo pasár, no como un escritór, síno como un personáje más. Témo, que, si descubriésen que es usted un creadór de histórias, no dudarían en castigárle, o peór, úno de ésos protagonistas podría obligárle a reescribír su reláto a su conveniência, como estóy intentándo hacérlo yo. Núnca saldría de allí, permanecería prisionéro de por vída.

—Continúe por favór, no puédo negár que su reláto me está cautivándo.

—Lo que yo quisiéra es llevárle hásta su história, en realidad la mía, pára que véa lo cóрто que se ha quedádo en su reláto. Cuando por ejémplo, usted cámbia de capítulo donde yo (o cualquiera de sus personájes, no aparecémós), cuando se va a dormír o tóma vacaciones, ¿qué crée que hacémós nosotros?, en mi cáso, ¿me siénto y espéro a ver qué futúro me va a preparár usted? Pues no, téngo mi própia vída, sígo viviéndola, ahóra a mi rítmo, sin parárme o tropezár con sus inesperádas idéas.

Cuando usted no me molésta con sus ampliaciones o cámbios de humór, yo voy a lo mío. De éello a véces usted se entéra, de vez en cuando se lo déjo entrevér, péro cási siémpre se lo piérde. Ofrézco mostrárle tódos ésos episodios, haré que los puéda ver e incorporár a su história. El págo ya lo sábe, será mi híjo.

—¿Cómo me encontró?

—Por ótro de sus cuéntos «Mis conversaciones con la Párca» un reláto que me encantó. Fué élla, quien víve en el Ultramúndo, la que me aconsejó venír aquí a hablárle. La idéa es llevárle, como élla también háce, a éste sítio tan especiál, que es mi múndo. ¡Váya Párca tan encantadóra! ¡Qué péna el trabájo que le ha tocádo! Qué sacrificio tan impresionánte hizo por su hermano. Ahóra sómos amígas, ¡grácias por creárla! Le felicito por ése cuénto. Sí, escribiéndo, usted es «bastánte» buéno, lo reconózco.

—Múchas grácias. Sí, recuérdó éste cuénto con caríño. El personáje de la Párca es interesante.

—Con tódos éstos dátos, no ha sído difícil localizárlo. He ído buscándo su nómbre y los enláces que ha puéstó en sus novelas. Con éello he

encontrádo alguna fóto, algo de su vída y viájes. Con su nómbre, ha sído fácil obtenér su direcció, teléfono, etcétera. Sí, sí, ¡no se ría!, he hécho todo ésto, hásta sé cómo usár un móvil.

—Sería incapáz de reírme señóra, por favór prosíga.

—Yo, en lugar de esperár a que nos váya a visitár a «la tierra de las histórias creádas», algo cási imposible, me he adelantádo, he lográdo salir y venír a su móndo.

¿Le parece bién lo que le propóngo?

—Míre señóra...

—Llámeme Nára por favór.

—Nára, le he escuchádo con atención y sorprésa. Está cláro que usted deséa algo de mí. Aun así, no créo lo que me cuénta. Quisiéra que su história fuése réal, así planteáda es apasionánte péro inverosímil.

—Si yo fuése el Quijóte, ¿rechazaría mi oférta? Si él le prometiése acompañárle por tóda La Máncha, dejárle cabalgár a Rocinánte, presentárle a Sáncho. ¡Se imagína!, podér hablár con ¡Sáncho!, y el

Quijóte explicándole lo que hizo en sus viájes, tódo lo que contó y, sóbre tódo, lo que no contó, ¿aceptaría la oférta?

—Nára, no sé qué decírle. No le créo.

—Es fácil comprobárllo, aquí viéne su vecíno, invítele a sentárse.

Un amígo y vecíno que estába paseándo, se acercó al vérme. Abrió la conversación con algo sóbre el tiémpo que ni escuché por el nerviosísimo que tenía y por interrumpír la curiósa situación en la que me encontrába.

Por no aceptár la proposición de la mujer (y así admitír que algo de élla estába creyéndo) y ofrecér sentárse al vecíno, símplemente le comenté, si no le parecía ráro que, con un tiémpo tan buéno, hubiése tan póca génte en el párque. Díjo que sí, que éra un párque maravillóso, sólo aprovechádo por nosóttos dos. Tomó asiénto jústo donde se sentába mi acompañánte.

Quedé paralizádo.

Él, debió notár el póco interés por su compañía. Créo que entendió que su preséncia ése día no éra

la más oportuna. Concluyó rápido lo que estaba contando y se retiró.

La mujer había desaparecido.

* * *

Volví al día siguiente, me senté en el mismo sitio, idéntica posición. Quedaba bastante clara mi intención. La mujer se acercó. Ahora sí, la veía bien, vestido negro, paso lento, cara oculta. No se la podía ver claramente por el velo que llevaba. Me levanté.

—¡Usted es la Párca y viene a por mí! —Exclamé.

—No, no se asuste, recuérdeme, soy Nára su personaje y vengo sin guadña, —dijo en tono jocoso.

—Con su desaparición de ayer, —añadí, ya un poco más tranquilo—, quedé impresionado. Hoy estoy aquí a pesar de no creer lo que me está explicando. Ciertamente, lo que cuenta y cómo lo hace está despertando mi interés. Así, prefiero que me diga: ¿qué es lo que quiere hacer o contarme? Intuyo que hay una gran historia detrás de todo esto.

—Como véo que lo de completár la história de mi vída no le está atrayéndo, ya hablarémos de éllo más tárde. Si le parece bién, pára que véa que ésto va en sério y sólo como ejémplo pára ilusionárllo, començarémos con un reláto muy símples, atrapadór y fácil. La história es úna de las tántas que hay en el sítio de donde yo véngo, péro que ocúrre aquí. Es sólo pára que váya entrándo en matéria. No comiénza en éste párque, síno en úna de las cállles cercánas que llévan a él. Sígame por favór.

—Espére, espére, —le díje riéndo—, ¡qué está diciéndo! ¿No me va a llevár a úna entráda monumentál, a un círculo de fuégo que atravesarémos y allí verémos a tódos ésos personájes de las novélas o harémos un viáje al pasádo?

—Podría ser, si búsko la novela donde se describa tódo ésto. Sin embárgo, en éste bárrio y que se háya escrito sóbre éste téma no conózco náda. Sólo sé de la história de cuátro mujéres con cuátro vivéncias llamátivas, que no quiéren contár. Si me sígue, podémos cruzárnos con sus vídas dos cállles más abájo.

La seguí. No, no noté ningún temblór, ni úna auróra boreál en la cálle, ni fuégos artificiáles.

Bién, ya estamos en el sitio en donde la historia transcurre. Fue iniciada por su autor y nunca fue terminada, murió al poco tiempo. Puede que le dé alguna idea.

—Me estoy perdiendo con su explicación, dónde están esas cuatro mujeres, aquí no las veo, ¿y cuál podría ser mi interés por sus cuatro historias, que, además, no las van a relatar?

—Perdóne, yo no soy escritora, sólo su personaje con el deseo de tener un hijo. Esta historia que le propongo es la que he encontrado cerca de este parque Putxét. Si vamos a Gracia o a París, tendríamos más donde escoger.

—Vale, soy de este barrio y me gusta. Sigamos en él.

—De todas maneras, no se equivóque, lo que va a ver, como introducción vale la pena, es usted el que tiene que relatarla, no querrá que además de mostrarle los cuatro personajes le escriba la historia. Usted haga su parte y yo haré la mía. ¡Ah!, aquí están ellas, todas súyas.

Y desapareció como la vez anterior.

Decír que no sabía qué hacér, sería póco. Váya ridículo increíble. Péro, ¿cuál éra la probabilidad de que hubiésen aparecido cuátro mujéres caminándo?, a ménos que tódo estuviése planeádo y muy bién.

Comprendí que, símplemente íba a hacér el imbécil de úna manera originál y que daría pié a escribír úna história muy diferente. Me acerqué a éllas.

—Hóla, buénos días, ¿podrían indicárme cómo se lléga al párque más cercáno?

—¿De qué história sále usted, o ya va por líbre?, — me preguntáron.

—No, soy un personáje en «La leprósa» (en éso sí que fuí rápido al contestár) todavía no me atrévo a ir por líbre, su autór no la ha acabádo y no quiéro liárme. Además, me gústa mi personáje, el escritór de ésta novéla me háce sentir cómodo y realizádo. Me ha dádo un papél importánte. No quiéro molestárlo. Si póngo matíces própios, puéde que me retíre de su reláto. No sáben ustedes señóras, lo que deséo que continúe la narración, es muy originál.

—¡Ay! Sí hijo sí, ni se le ocurra. Tener un buen autor es tener un tesoro, si lo hace usted bien, hasta puede que le vuelva a colocar en otra u otras de sus historias y así usted disponga de una vida narrativa larga e interesante. Créo que ahora, a eso le llaman series.

—Eso es lo que he aprendido, y por ahora me va bien.

—¡No sabe señor la suerte que tiene! A nosotras el autor sólo nos comenzó, no llegó a explicar nuestras vidas, murió al poco de iniciar el libro, ¡Qué mala suerte! Así, cada día iniciamos el primer y único capítulo, donde explica «que salimos de casa y bajamos hasta la Plaza de Lesséps y poco más». No sabe usted lo aburrida que es nuestra vida. Nunca pasa nada diferente en este recorrido. Hoy por lo menos, se nos ha acercado alguien nuevo, usted.

—Está siendo un placer conocerlas, se lo aseguro.

—Le cuento señor, este barrio tiene poco movimiento literario y encontrar un personaje de otra obra resulta raro. Estoy segura que si nuestro autor viviese, le incluiría en el libro. Es una pena, así

podríamos vérnos más véces, péro mañana ya no estará en nuéstras vídas, y volverá la monotonía.

—No lo entiéndo, ustédes dében tener vídas muy excitántes, sólo con recordárlas y comentárlas daría pára múcho. O arriesgárse e ir por líbre, parárse a tomár un café o ir a paseár por un párque.

—Sí, qué bonito sería, péro es imposible.

—Según téngo entendído señóras, ustédes puéden vivír su própia vída, diferénte a lo que su autór ha escríto especiálmente ahóra que él ha muérto, ¿no es ciérto?

—¡Ah no! Como nuéstras vídas no las describió, no nos atrevémos a hacér éso, nos limitámos a lo escríto, aburrído, péro segúro.

—Téngo entendído, que sus vivéncias han sído de lo más curiósas.

—Sí, son histórias que cáda úna de nosótras puéde recordár. A pesár de éllo, no las podémos compartír.

¡Qué péna!, estamos llegándo a la pláza, tendrémos que despedírnos.

—No se preocupen, puedo acompañarlas, me gustaría continuar esta conversación.

—Lo sentimos, el autor escribió hasta que viésemos el letrero de la estación «Lesseps», allí se acabará todo. Nosotras no estamos interesadas en cambiar nada, tenemos una vida corta pero placida. Ya veo el letrero, adiós.

—Espéren, espéren, quiero escuchar las cuatro historias... ¡mierda!

* * *

—¡Señora Nára! Llevo días esperando su visita, ¿cómo es que no ha vuelto hasta ahora?!

—Lo sé, tranquilícese, como usted tenía un cabreo monumental, pensé que debería darle tiempo para que asimilase la experiencia y desease algo más atractivo, más largo y más completo, espero que me entienda.

—La comprendo Nára, pero si usted vuelve a hacerme una de estas jugadas, no me verá más.

—Bien, me he pasado, perdóne. Ya ve, a los personajes cuando no se nos molesta, sabemos controlar nuestros tiempos, hacernos los atractivos,

aparecér en el momento oportuno. Ya ve, aprendémos de ustedes. Como ha estado tan preocupado y no ha escrito nada sobre mí, he tenido unos días muy apacibles.

—He vuelto cada día a la misma hora, a la calle de abajo, las cuatro mujeres no han aparecido, ni he podido reiniciar la charla.

—Si no le acompaño para abrir «el portal» no lo logrará. De todas formas, no estoy segura, pero no creo que lograse cambiar la vida de esas mujeres, ni enterarse de sus historias, ellas no son muy abiertas.

—¡Vaya, en qué miserable historia me ha metido!

—Se lo dije, no es culpa mía que por aquí no haya nada más exótico.

—Nara, me está diciendo que: si quisiera introducirme en el relato de Miguel Strogoff, deberíamos ir a Siberia, ¿caminando?

—Sería lo más seguro si no le molesta andar, aunque, saltando de obra en obra, buscando los momentos en los que se encuentre un pasaje que

nos acérque a Rúsia, podríamos llegar allí sin necesidad de desplazarnos tanto.

—Ya lo véo Nára, es como usár el métro e ir a la estación apropiáda pára cambiár de línea. Así, al final, llegar al sitio deseádo, sin que nos interésen los diferentes trayéctos y parádas del camíno.

—¡Ésa es la idea!

—El nómbre de la estación podría ser, en éste cáso, el capítulo de un libro y de allí saltár a ótro libro en un crúce de líneas que ténga un téma similar.

—Sí, más o ménos, podríamos considerár la red de métro, como tóda la literatúra, que se va ampliádo constántemente.

En fin, perdóneme, créo que inicié ésta taréa de úna manéra póco apropiáda. Viéndo que le gustaría úna obra más compléja y de renómbre, le propóngo lo que ya le comenté ántes, El Quijóte, (no sábe lo que me gústa éste libro), víno a Barcelóna, estúvo en úna de sus pláyas. Viéndo que éso de camináno no le va, si tomámos su cóche acabaríamos más rápido.

—No me tiénte Nára, no me tiénte, ¡hablár con el Quijóte! A pesár de éllo, conózco bastánte bién ésa

história, y prefiero la que me insinuó. La nuestra. Yo como autor y usted como mi personaje.

—¡Ah! Al fin despierta. ¡Qué bien, lo he logrado! Si está listo a seguirme piense: ¿en qué parte de «mi vida» desearía comenzar la visita? Podemos ir a cualquier etapa de ella.

—¿Y si comenzamos por el principio? Viendo que me ha recriminado por no haber redactado nada sobre su juventud y ha mencionado que fue una princesa, podemos comenzar por ahí, puede ser un buen inicio.

—Efectivamente.

—Pero, ¿cómo es posible que exista esa historia?, yo aún no la he escrito. Entiendo que cuando la creé a usted, siendo ya de edad, podría continuar el relato desde ese momento, pero, ¿cómo llegó a ser joven?

—Es una buena observación, y usted tiene poca memoria. Constantemente está escribiendo pequeños relatos, los anota, luego los borra o modifica, amplía y a veces los olvida.

—Así es como escribo.

—Véo que no recuérda que me imaginó en un desiérto, híja de un sultán árabe, por tánto, princesa y me llamó Nára, como la antigua capitál del Japón. Me gústa el nómbre. Áños después escribió la história de «Nára y la flor de dos colóres» siéndo yo mayor. Éso sí, olvidándo el verdadéro orígen del reláto.

Yo seguí viviéndo lo que usted inició désde que estába en palácio, sin sus moléstias ni interferéncias, ya que no tocába el cuénto. Fuí creciéndo en edád y experiéncia, hásta que llegué a la etapa madúra y me topé con su versión, ya siéndo úna anciána, obligáda a hacér lo que su plúma escribía, ¡qué incórdio!

—Nára, con tódo lo que me está contándo, ¡a dónde quiere llegár?

—A que tódo lo anteriór de mi existéncia, es lo que a usted le fálta. Lo que quéro mostrárle es mi vída y la de los que la han compartído. Podrá cambiárla, hacér-la más compléta o ser fiél a élla; le prométo que no se arrepentirá. Ha sido úna vída variáda y fascinante.

—En verdad Nára, no téngo ningún interés en cambiár la córta tráma que he escríto. Tal como la téngo ya me parece corrécta. Añadír tóda su vída y la de los relacionádos con usted puéde interesár a únos, no a tódos. Por tánto, sería úna história muy lárga, contráriamente a lo que es ahóra, un reláto córto.

—Sí, úna de las facéatas de su estílo al escribír es el trúco de ampliár lo relatádo, añadiéndo capítulos o téxtos complementários, que no estén en su idéa originál a medída que se le van ocurriéndo.

—Sí, cuando encuéntró un personáje o úna situación la cual piénso que puéde encajár en lo que estóy contándo, la adápto y la incorpóro a lo que estóy haciéndo.

—Puéés ése es mi cáso, hay personájes o situaciones que he vivído que puéde ír añadiéndo a medída que se los váya mostrándo. Al vérlos, ¡qué fácil le resultará escribír sóbre éellos! Por el moménto, tóda mi vída la podrémos hacér cabér en un sólo tómo, si usted no se extiénde. El finál que usted escribió, seguirá siéndo indispensable. No necesitará modificárlo.

—Buéno, grácias por permitírme dejár mi desenláce.

—No se ofénda. Téngo tántas vivéncias pára mostrárle, he conocído tántas persónas y lugáres maravillósos dígños de relatár, que su cuénto, si usted quiére, se puéde convertír en «El cuénto de núnca acabár». Vámos a intentárllo. Cuando terminémos el recorrido por mi vída, podrá decidír qué ponér en élla. Séa como séa, recuérdede, quiéro tenér y disfrutár de mi híjo.

—Ahóra cáigo Nára. ¡Qué encerróna! El aburrído recorrido de las cuátro mujéres, ha sído pára desilusionárme de copiár relátos de ótros. Lo que usted siémpre ha querído es mostrárme su vída. Lo ha preparádo tódo muy bién, la felicító. Me ríndo y acépto. ¿Cómo comenzámos?

—Señór Autór, nos vámos a Ásia. Y qué ilusión me hará volvér a vivír mi vída.

* * *



El Sultán y su hija

Reláta: el autor.

Me hallába en úna ciudád que no reconocí, éso sí, de apariéncia asiática e islámica. Grándes mercádos, caméllos y dromedários cargádos de mercancías. ¡Y qué olór a buena comida! Preciósas mezquítas con un gran tráfago por tódas pártes. Minútos después oí tambóres, trompétas y un desfíle militar que seguía al probáble Regénte de ésa ciudád o país, acompañado de úna mujer que supúse sería su espósa o hija cubiéрта por un vélo. Seguí el cortéjo hásta la entráda de un palácio.

Me dió la impresión de que «álguien» me dába tiémpo pára que, estándó sólo, pudiése saboreár el ambiénte de ésa ciudád. Y... ése sabór me estába gustándo.

Núnca llegué a comprendér cómo podía ver, sentír y entendér tódo, sin que nádie me viése o yo supiése su idióma, péro éra así.

Por fin apareció Nára. Como si fuése úna guía turística que viniése al hotel a recoger a su cliénte pára mostrárle la ciudad. Con el prográma bién preparádo, las explicaciónes monótonas y con tiémpo suficiénte pára comér lo típico del lugar. Sólo faltába la banderíta pára que no la perdiése de vísta.

—¿Lísto pára el recorrido iniciál? —Preguntó.

Estúve a púnto de matárla.

* * *

Háce múcho, péro múcho tiémpo, vivía úno de los tántos sultánes que a lo lárgo de la história han tenído problémas con sus híjos. En especiál al intentár casárlos usándo el ancestrál sistéma de arreglár el matrimónio de acuérdo a necesidádes políticas o págo de favóres. Y algúnas véces hásta pensándo en lo que sería mejór pára ésos séres tan querídos.

Pués bién, éste Sultán, éra úno de ésos que lo intentába con la creéncia de que él podía escogér lo

mejór pára Nára, su querída y adoráda híja.

Segúro que no adelánto náda al decíros que élla, no sólamente no deseába casárse con la persóna elegída por su pádre, a quien ni siquiera conocía, síno que además estába enamoráda de Haméd el híjo del jardinéro, a quien, désde sus aposéntos, observába diáriamente trabajádo en el jardín y hablába con él cuando íba a recoger flóres o frútas. Ésta situación la he debído copiár de un cuénto de hádas.

Ruégos, regálos, caríños y presiões no doblegában la voluntád de su híja.

Un día, el pádre desesperádo al no saber qué hacér, consultó con su amígo y confidénte el Gran Visír.

Éste, quien ya sabía del empéño del Sultán y el recházo de la Príncesa comentó:

—Éste probléma Majestád no es náda nuévo, es muy frecuénte y de difícil solución. Péro, si me permíte un conséjo, podríamos abordárló de ótra manéra. Veámos.

Vuéstra híja no conóce al Príncipe Jaríb, ni siquiera de vísta. A Haméd, el híjo del jardinéro, sólo de

pequeñas chárilas en el jardín, lo cual, resumiendo, es muy póco.

—Tiéne usted toda la razón, por favór continúe.

—Sin embargo, lo que la princesa sí aprécia es el lújo, el caríño y la protección en la que víve. Además de ser bélla, la princesa es sóbre todo úna mujér muy inteligénte y ha recibído úna gran educación, mas núnca ha tenído que sufrír las dificultádes de úna vída humílde. Así que os propóngo...

El Gran Visír siguió explicándo la idéa que el Sultán escuchába con gran admiración.

* * *

El plan se aparcó temporálmente pórque durante las sucesívas jornadas el palácio estuvo ocupádo preparándo la visíta de Estádo que, cáda año, la hía del Sultán realizába en su nómbre a los puébls de las montáñas más allá del desiérto, en los límites del Sultanáto.

Éra un viáje que la princesa adorába, puésto que no sólo ejercía úna función política de su agrádo, sino que, además, hacía nuévas amistádes y volvía a disfrutár del encánto de ésas montáñas, de los oásis con grándes cultívos de dátiles, de úna temperaturá

muy agradable y sin el contról dirécto de sus pádres.

El recorrido duraría únos dos meses. En realidad, éra un viáje de placér, mezcládo con divérsos áctos protocolários en las diferéntes poblaciones del recorrido. De ésta manera se mantenía el contácto humano del Sultán con su puéblo, siéndo representádo por su hija.

El trayécto, realizádo duránte generaciones y generaciones, núnca había sufrído ningún probléma. No sólo por la tranquilidad que reinába en el Sultanáto, sino también, por la ámplia protección militar que llevába ésta caravána.

Ésta vez, debído a los rumores de que la expedición portába ricos preséntes pára las tribus de las montañas, la comitiva fué atacáda con úna ferocidad atróz. Tódos los soldádos murieron al defendér a la princesa. Los hómbrés fueron degolládos, las mujéres despojádas de sus pertenéncias y repartidas éntre los asaltántes como párté del botín.

La princesa, durmiéndo duránte el atáque, al despertár y dársé cuénta de lo que ocurría, se cambió de rópa y se mezcló con las ótras mujéres pára no revelár quién éra. A pesar de ser buscáda infructuósamente, por las prísas y el miédo de

posíbles refuérzos del Sultán, fué entregáda como páрте del saquéo a dos de los asaltántes sin que éellos supiésen de quién se tratába.

Los bandídos se desperdigáron pára que no les pudiésen seguir fácilmente. Los dos raptóres de Nára, élla y ótro caméllo cargádo con el botín obtenído, se apartáron del camíno principál. Se dirigiéron hácia montáñas muy distántes, fuéra ya de los límites de las propiedádes de su pádre y regído por ótro sultán.

* * *

Úna nóche, después de úna lárga jornáda, cuando los dos ladrónes estában durmiéndo y habiéndo vísto la princésa únas lúces detrás de úna gran dúna escapó en ésa direccíon. Désde la címa del montícúlo púdo ver que la iluminación provenía de un pobládo.

Al entrár en él, trató de explicár su situación y revelár quién éra. Ahóra bién, la dificultád lingüística en ése nuévo terrítório, lo extraño de su aparición y que la creyésen lóca, le hízo desistir del inténto.

Al finál, úna família muy póbre, viéndo su situación la «acogió» y le permitiéron vivír con éellos. El hámbrе y las necesidádes reáles de ésa família,

hiciéron que la princesa, en compensación, se decidiése a ayudárlas y comenzó a querérlas.

Pensó que los ladrones la buscarían, pero no por mucho tiempo, ellos también eran perseguidos. Decidió permanecer allí, con esa familia hasta estar segura de poder volver a su tierra sin problemas.

* * *

Muchos ojos la miraban. Los del pueblo con curiosidad y otros escondidos, que además de observar, informaban.

El Sultán y el Visir disfrutaban de los informes que semanalmente llegaban de los espías. Algunos de los soldados que habían fingido morir, los menos reconocibles por Nára, se habían instalado en el pueblo con la misión de vigilar y proteger a la princesa.

Cada informe donde se relataba cómo la Princesa realizaba trabajos muy inapropiados a su categoría, levantarse temprano, lavar ropa, comer la miseria que podía..., les llenaba de gozo. Sobre todo, al ver como su plan muy preparado y tan bien ejecutado, estaba triunfando.

Pero...

La princesa éra mucha princesa... y poco a poco, no sólo logró entender y comunicarse aceptablemente con la gente del pueblo, sino que comenzó a ser apreciada y querida por su inteligencia, conocimientos, simpatía, bondad y buenos modos. En su casa de acogida ya se la consideraba como una hija. Desde su llegada, gracias a sus esfuerzos, sus «padres adoptivos» se alimentaban un poco mejor, ya que ella, había encontrado un trabajo bordando telas. Así, se inició una etapa de amor recíproco y de cariño justamente ganado. Esto supuso para Nára un cambio radical de vida, e hizo que con placer alargara allí su estancia con esa gente que tanto quería.

* * *

Los siguientes informes fueron la causa de una sensación de fracaso del padre y del Visir. El mal humor aumentaba. A punto estuvieron de cancelar toda la operación. Pero prefirieron continuar con el plan, al ver que al menos, para Nára, le estaba resultando provechoso como experiencia cuando tuviese que gobernar. Esa dura etapa le serviría en el futuro. En esto, los dos estaban de acuerdo.

Meses después, el Gran Visir se presentó ante el Sultán para informarle que tenía muy malas noticias.

Sería mejor revelarle todo a su hija, y hacerla regresar a palacio.

La novedad era que Nára se había enamorado de un forastero que había llegado hacía pocas semanas al poblado. El Visir miró con gran preocupación al Sultán, quien ahora se reía con gran satisfacción...

Y es que, el Sultán, también era mucho Sultán. Durante la ausencia de su hija, se había puesto en comunicación con el padre del futuro esposo, que era el Regente del territorio en donde Nára estaba, y le había comentado la idea que había tenido.

Propuso a su amigo, que enviara a su hijo, quien todavía no sabía nada de los planes de sus padres para casarlos, al sitio donde se encontraba su hija, con una misión secreta: la de vigilar a una mujer misteriosa que había aparecido en ese lugar y de la cual se tenía la sospecha, de que pudiese ser una espía peligrosa en un enclave estratégico entre fronteras.

El Príncipe, se tomó muy seriamente el trabajo y lo planteó como un reto, quería demostrar a su padre lo que valía.

Jaríb, por su conocimiento del idioma, su gran simpatía y por qué no decirlo, sus grandes posibilidades económicas, cayó muy bien en el poblado. Especialmente a los niños, con quienes jugaba con un aro haciéndolo rodar por las calles.

Decidió, que la mejor manera de vigilar a la extranjera era observarla muy de cerca... haciéndose su amigo.

* * *

Tal vez por estar lejos de su tierra, por su juventud, por similar cultura o por necesidad de compañía, después de un tiempo se enamoraron.

Él, pensando que había traicionado a su pueblo al prendarse de una espía, y la princesa por enamorarse otra vez de un plebeyo, algo inaceptable para su padre y viendo ahora claramente que estaban siendo vigilados (sus padres adoptivos, les comentaron que varios «clientes» habían, discretamente, preguntado por ellos), lo prepararon todo para huir a un destino lejano, a otro Sultanato, donde sus familiares jamás supieran de ellos.

Después de despedirse de sus «padres y algunos amigos», partieron tratando de llegar hasta la

distánte cósta.



* * *

La huída hácia el mar

Reláta: el autór.

Nára y Jaríb huyéron tratándo de cruzár el desiérto y llegár hásta el mar, allí pensában embarcár hácia tiérras lejánas. Péro su felicidad no duró múcho tiémpo.

Dos caméllos, moviéndose sóbre la aréna son muy visíbles y présa fácil pára las caravánas de traficántes de esclávós. Jaríb luchó valiéntemente, a pesár de éлло fué degolládo ánte su amáda. La lúcha había sído muy desigual.

Los traficántes comprendiéron al instánte el buén negócio que íban a hacér con úna mujér tan jóven y bélla.

El jéfe de la caravána le informó que ésa nóche, élla la pasaría en su háima. Nára, le susurró que, si intentába forzárla, por la mañána buscaría a sus camelléros y a grítos, pára que tódos la oyésen, se les ofrecería, puéstó que su jéfe no había sabído saciárla.

Éste comprendió que tenía frén-te a él úna mujér aparéntemente delicáda, péro que había detectádo al instánte cuál éra su debilidad. Tendría que

deshacerse de ella con celeridad, sin matarla, valía demasiado dinero.

Durante el viaje, Nára se resistió tanto y generó tantos problemas a la caravana durante la travesía hasta el mar: intentos de huida, quemando jaimas, dejando escapar a los camellos, tirando la comida en la arena, que, como venganza y placer de todos, se acordó que fuese vendida a la «isla de los leprosos» para que sus habitantes hiciesen con ella lo que considerasen más oportuno.

* * *



Introducción a «La isla»

Reláta: La isla.

Soy una isla, en los millones de años que hace que existo, han ocurrido tantos sucesos en mí, que podría estar contándolos hasta el final de los tiempos. He disfrutado de la creación de un volcán sobre mi tierra. De la aparición de la vida, luego de pequeñas plantas, después, de todo tipo de animales y al final, la llegada del hombre.

Todo lo he gozado como una madre al ver crecer y corretear a sus hijos por casa. Pero lo que más me ha atraído y me ha hecho aprender de esta humanidad, es lo que pasó sobre mi superficie con la llegada de los leprosos.

Téngo sentimientos y los expreso de muchas maneras... hásta dejándo hablár a sus protagonistas. Escuchád.

* * *



La isla de los leprósos

Reláta: la comunidad de leprósos.

Siémpre se había seguído el mismo procedimiénto.

Los escásos comerciántes que se aproximában con sus bárcos a la ísla, depositában en un bóte o sóbre madéras unídas que flotásen, tódo lo que en el viáje anteriór les habíamos pedído (lo más necesáριο pára nosótro) o, lo que deseában vendér. Normálmente, las sóbras no vendídas en ótro puérto. Luégo, lo atában con úna cuérda al bárco y dejában que éste bóte se acercára a la pláya arrastrádo por las ólas. Éllos no se acercában.

Nosótro nos aproximábamos a él, examinábamos su contenído. En cáso de que la distáncia éntre

bárco y la pláya fuése muy gránde y no pudiésemos comunicárnos hablándo, observábamos la cantidad de cónchas que nos mostrában, indicándo cuántas pérlas y madreperlas deseában por lo que había en el bóte.

Úna vez revisádo lo recibído, si no había discusión (pócas véces la había) retirábamos la mercancía, colocábamos las pérlas solicitádas y éellos tirándo del bóte accedían a su pága.

En cáso de que álgo del materiál no fuése lo deseádo, lo mostrábamos y lo apartábamos como rechazádo en la páрте posteriór del bóte. Si su cóste nos parecía elevádo (algúnas véces lo hacíamos pára mostrárles que no podían estár subiéndo constántemente los précios) poníamos sóbre la aréna, piédras representándo las pérlas y las madreperlas, indicándo nuéstra contraoférta.

Cási núnca teníamos éste típo de problémas. Nosóttros necesitábamos lo que nos traían, normálmente podíamos pagárlo con las pérlas (o no lo hubiésemos pedído, ya que no nos fiában) y, a éellos, no les resultába práctico tener que regresár al continén-te sin habér vendído tódo el materiál transportádo, con el que se habían desplazádo úna distáncia consideráble.

Ántes de partír, colocában tódo el págo en únas óllas con águá y algún desinfectánte, lavában las pérlass y arrojában éste líquido usádo al mar. Luégo, las secában con trápos, los cuales también desechában y hacían ardér el bóte si les habíamos devuélto múcho materiál tocádo (según éellos contaminádo). Y no, no ocultában al realizár éstos géstos, el áasco que les dábamos, ni lo disimulában a pesar de que nosóttros los estuviésemos viéndo. Lo hacían a propósito.

No nos obsequiában el materiál que no queríamos y habíamos devuélto, pára que no usáramos ésta artimaña con la idéa de obtenér mercancías regaládas. Sin embárgo, algúνας véces nos dejában el bóte, que podríamos reutilizár en su siguiénte viáje.

Como tampóco aceptában que escribiésemos nuéstras peticiones (no querían tocár o llevárse el papél) los pedídos especiáles los hacíamos a gríttos.

Si no nos entendían, lo escribíamos en la pláya con grándes léttas, inclúso, haciéndo dibújos en la aréna. Si el viénto y el mar estában tranquílos, al ver que no encallarían, se aproximában un póco más y así podíamos hablár sin tenér que gritár demasiádo.

En éstos últimos casos en que se podía conversár, éra cuando se encargában ótras mercancías o eleméntos ménos esenciáles. Éso sí, más íntimos, que necesitában úna aclaración especiál.

Cási siémpre éra pára solicitár algún utensílio de cocina, de decoración o vestiménta personalizáda. Éste servício éra pagádo por el que lo pedía y no por la comunidad, como ocurría en el caso de las medicínas o biénes de interés común.

Y éra aquí, áunque parézca increíble, donde algún momento de simpatía, rísa y comprensión emanába tánto de los comerciántes como de los leprósos. Ésto ocurría sóbre tódo, cuando tánto hómbrés como mujéres recibían la rópa solicitáda. De lo que se había encargádo, a lo que llegába mediába un univérso. Atendiéndo al resultádo del encárgo, parecía que lo hubiése escogído y comprádo un móno.

Las rísas por páрте de tódos, al desfilár las mujéres y los hómbrés por la pláya, con algúnas vestiméntas no aceptádas, hacía que en el puéblo se arrodillásen a llorar de rísa. Del bárco, hásta el cocinéro subía a cubiéрта a divertírse.

Tódo hay que decírllo, algúnas préndas las habían comprádo con muy buén gústo, las espósas de algúnos marinéros al comprendér el probléma. Por éso, las mujéres de la ísla rogában que siémpre fuésen mujéres las que comprásen los vestídos y ótros enséres solicitádos.

Cuando tódo éste tedióso procésó de cómpira-vénta y entréga de pedídos acabába, se despedían indicándonos aproximádamente cuándo volverían.

* * *

El capitán

Reláta: el capitán, de úno de los tántos bárcos.

Me di cuénta de que contráriamente a éstas cómpras y véntas rutinárias en la ísla, había ótra necesidad muy importante y núnca bién resuelta. Ocurría, cuando lo que se deseába solicitar por páрте de los isléños éra algo, réalmente personal, por ejémplo: enviár o recibír mensájes a familiáres, amígos o tal vez amántes. También asúntos de negócios, heréncias u ótras diligéncias difíciles de catalogár y hásta de explicár.

Realizár éste tipo de necesidades requería: discreción, respéto, acercárse bastánte al lepróso e invertír múcho tiémpo por páрте de algúן marinéro. Sin embárgo, nádie estába dispuesto a éлло, a pesar de la promésa de úna recompénsa eleváda por páрте de algúno de los isléños. Quien se encargára de éste menestér debería tener úna gran capacidad de comunicación pára entender y ejecutár lo encargado y, además, soportár un cóntácto muy cercáno con los leprósos. Tal vez el marinéro podría perdér su trabájo y relaciónes en el continénte por ésta exposición tan cercána a los enférmos.

No había dúda que éran múchos los habitántes de la ísla que necesitában éstos servícios particuláres al

no poder enviár mensájes o salir de la isla, ni nádie querér venir a élla.

Ésta carestía, núnca se súpo satisfacér de fóрма adecuáda. Yo, siémpre había pensádo que, cuando hay génte con un deséo, un probléma o úna necesidad, es úna gran oportunidad pára, no sólo hacér negócio, síno además, mostrár humanidad. Como no tenía éntre mi tripulación a nádie con capacidad pára tratár con los leprósos cára a cára, o sabér cómo lidiár con la complicadísimá gáma de solicitudes de ayúda que le pedirían, recordé al jóven Adél, que trabája en la tiénda de un conocído en la cósta. En ése comércio, yo y ótros mercadéres comprámos regulármente productos pára los leprósos.

Sabía que Adél, durante bastante tiémpo había ayudádo a un famóso «Transmisór de mensájes» a resolvér los problémas de carácter personal que se les presentában. Después de la muérte del Transmisór, el jóven, durante algún tiémpo había continuádo ejerciéndo el ofício de su maéstro, péro por algún motivo (núnca me lo contó) dejó la labór y acabó viniéndo a la cósta.

Yo le conocía pórque algúnas véces realizába viájes en mi bárco cuando su emprésa necesitába hacér

cómpas en puertos lejanos que requerían a un especialista. Él era un gran conocedor de telas y pieles de cuando trabajaba en el comercio de su padre.

Durante estos largos viajes, Adél me había narrado, por encima, las historias apasionantes con las que sufre y disfruta un Transmisor. Escuchar un mensaje de la persona que quiere enviarlo y luego transmitirlo de viva voz y fielmente al destinatario, no siempre era fácil. Pero lo que más me deleitaba era saber de la propia vida del maestro, del verdadero Transmisor de mensajes, del que el joven Adél, había sido (según él) sólo un aprendiz.

Con este pensamiento, me prometí que al volver a puerto, pasaría a visitarle para ver si podía interesarle esta idea. Se trataba de lograr eso tan deseado por los leprosos y quizás hasta económicamente rentable para mí. Yo comenzaba a querer esta isla y deseaba también, poder ayudar a los que allí vivían.

* * *

Y sí, al fin, cuando logré que me contase toda su increíble experiencia como aprendiz de «Transmisor de Mensajes», al acabar la explicación, supe que había acertado en mi elección.

Ésto es lo que me contó.

* * *

«El Transmisór de mensájes»

Reláta: Adél.

Túve mi primér contácto con úno de los máximos representántes de ésta honoráble y ahóra desaparecída manéra de establecér comunicaciónes, a úna símples casualidád.

Siéndo muy pequéño, entré en la habitación de mis pádres pára pedirles álgo. Mi pádre, de espáldas y sin sabér que éra yo, díjo que recordáramos a tóda la familiá que estában invitádos el juéves a la cena anuál y, que por úna vez fuésen puntuáles.

Recuérdo que, a pesár de mi córtá edád y viéndo que mi mádre no estába en cása, fuí visitándo a tódos los familiáres cercános. Les explicába los deséos de mi pádre, los grándes preparatívos que había vísto en cása y, sóbre tódo, la importáncia de la puntualidád. Al más lejáno, le pedí por favór, que informáse a ótro familiár que vivía demasiádo léjos pára hacérlo yo personalmente. A cáda úno le rogué que, un día ántes, recordáse a tódos los demás la gran cena.

Ése juéves, tódos los invitádos se presentáron tan tempráno, que mis pádres se enteráron entónces, ¿quién había sído?, el que lo había organizádo tódo

y con tan buen resultádo. El orgúllo de mis pádres, y los cumplídos de mis familiáres llenáron la veláda.

* * *

Tántas véces repitiéron mis pádres la história a amigos y cliéntes que, mi «capacidad» pára hacér ésa labór llegó a oídos de un famóso Transmisór de mensájes.

Al Transmisór, conocído de la família, le fué fácil conseguír que algúnos días yo le acompañáse.

Mi pádre lo aceptó pórque debía tener más relación con él, de la que a símples vísta parecía. Tal vez algún secréto o que creía que, con él, yo aprendería el árte de la vída.

* * *

Núnca pensé que el primér mensáje que llevámos júntos, fuése pára mí tan diferente a lo esperádo y que marcó mi vída pára siémpre.

Fuímos a úna cása de aspécto humílde; un hómbr impedído y con dificultádes pára hablár nos recibió sentádo en un sofá; le entregó un papél escrito, balbuceó algo que no púde entendér y abandonámos la viviénda.

Sin guardár el papél, que él, de vez en cuando releía, nos acercámos a la Cása de la Caridád, preguntó por úna habitación. Al entrár, indicó que me quedáse en la puérta.

Acercó úna silla al ládo de la cáma de un anciáno postrádo, púso su máno sóbre la de él, se aproximó al oído y comenzó a susurrár.

Deslizándose, la ótra máno salió de las sábanas, cubrió la del mensajéro y el abuelo se púso a llorár.

Leí el mensáje que había depositádo sóbre la cáma, «Díle que le quíero, le necesito y daría mi vída por poderlo abrazár».

Esperé un buén ráto y como no podía evitár llorár, me fuí.

* * *

Así, con muchas salidas escalonádas en el tiémpo, durante mi infáncia y juventúd, incluso cuando trabajába en la tiénda de mis pádres, de él aprendí la filosofía de su ofício, sus réglas básicas, que en realidad éran pócas, si bién, los sistémas pára conseguir un buén resultádo éran muchos y muy sutíles, y que yo, póco a póco fuí asimiládo.

—Éste ofício, —me comentó con tóno ceremonioso al principio de conocérnos—, consíste en recibír un mensáje y transmitírlo tal cual lo has recibído. O sea, que lo que quiere decír el remiténte, sea entendído así por el que lo recibe. Sin que tú trates de interpretár o mejorár náda de lo que desea decír el que lo envía. Ni presentár el mensáje filtrádo por ti, pára así hacér más fácil su aceptación.

—¡Repitiéndo con exactitúd las palábras comenté como algo muy lógico!

Me arrepentí al instánte el habérlo dícho, estába cláro que no éra así.

—Adél, sóbre tódo, núnca o cási núnca con las mismas palábras.

Quien explíca lo que quiere, úsa expresiones, géstos y complicidád de acuérdo a su nivél culturál. En ocasiones, puéde tardár horas en hacér entendér el mensáje, ótras, con un minúto básta. No te será fácil transmitír con exactitúd lo deseádo con las mismas palábras, tiémpos y géstos a ótra persóna a véces de diferente séxo, edád o conocimiéntos.

—Pues entónces, ¿cómo se háce?

—Recordarás que tu pádre dió un mensáje a llevar usándo ciértas palábras. Tú, comunicáste con precisión el sentido de lo que él quería a muchas persónas. Aun así, estóy seguro que en cáda caso usáste fráses y tónos diferentes. Hásta recurriste a ótro familiár pára que así lo hiciése por ti. Lo lograste de ótra manera a como lo dijo tu pádre, péro la eséncia del mensáje y su sentido fuéron pasádos con exactitúd.

* * *

Recuérdo su rectitúd, su caríño al escuchár, sin ser necesário, tódos los detálles del mensáje. Désde su origen hásta sus motivos y razones. A véces, pára mi desespéro, pedía las características, según el remiténte, de la personalidad del receptór.

Úna vez, túvo que secárse las lágrimas, al oír el mensáje que debía llevar.

Núnca tomó úna nóta ni súpe lo que cobrába. Siémpre le dában algo en un sóbre o en un papél envuélto. Por la apariéncia de éstos envoltórios, debía ser póco, y juzgándo por la economía de las persónas visitádas, dúdo que de éso pudiése vivir.

Podría decírse que éra un filósofo de la condición humana, y de ésta filosofía se alimentába.

A pesar de lo flexible que éra, había cosas que jamás hacía. Al llevar un mensaje nunca aceptaba una respuesta inmediata, la cual, según él, sería precipitada. Si había respuesta decía: «pasaré a recogerla a partir de mañana, cuando usted haya tenido tiempo de medirla. Con ésta entrega y su respuesta, la labor en relación a éste mensaje la daré por acabada».

No aceptaba propinas ni cobraba nada de los que recibían el mensaje. Alguna vez, alguien intentó darle algo de dinero, pero él lo rechazó, debía ser costumbre antigua hacerlo así.

Un día me dijo, —el que pide que lleve un mensaje, lo hace sabiendo que solicita un servicio y paga por él—. En cambio, no quiero que el receptor no lo acepte por si tuviese que pagar, o que, en ese momento no tuviese dinero o lo considerase una imposición, y por ello, tuviese una mala acogida, y al cobrar un momento desagradable.

Al contrario, las visitas, en broma, las dividía en dos: las que le invitaban a una bebida (adoraba el chocolate) y las que no.

En una ocasión, ¡qué vergüenza!, él mismo lo pidió. Al salir, se disculpó conmigo por la falta de tacto. Añadiendo socarrónamente, que lo hacía para así, amistosamente cerrar mejor la «operación». ¡Qué listo! La gramática parda la sabía toda.

Atravesar el río bajo la lluvia le molestaba y esas visitas las acortaba. En cambio, cuando el mensaje era complicado y hacía buen tiempo, quedaba en algún sitio agradable para desde allí, paseando, escuchar o entregar el mensaje.

Le encantaba llegar con tiempo y llamar a la puerta justo a la hora acordada. Miraba frecuentemente su reloj de bolsillo. Así relacionaba la visita, a su exactitud y profesionalidad.

* * *

El mensajero no tenía amigos y al parecer no aceptaba invitaciones (salvo el chocolate). No sé si también, como la costumbre del sobre de pago, todo era parte de un acuerdo o tal vez para mantener la neutralidad.

Por la calle, era como si no le conociesen, rara vez recibía un saludo. Por la cantidad de secretos que el mensajero sabía, se podía intuir que la gente le temiese, pero no era así. Aunque, le mostraban una

gran indiferencia... casi, casi como si no existiese, como si fuese invisible.

—No me atrevo a expresarlo —decía— soy como un buzón, sólo lo ves cuando lo necesitas.

* * *

Siempre entenderé que una persona que no sepa leer o escribir o de escasa cultura pidiere sus servicios. O que, por la diferencia de conocimientos o economía entre remitente y receptor fuese más fácil que necesitase un intermediario. Sin embargo, era para mí difícil entender cómo, personas de cultura, habituadas a tratar con gente utilizaban sus servicios. Pero lo hacían.

En otros casos (esto es únicamente una apreciación mía) los que pedían el servicio, quedaban descargados y liberados de un gran peso con sólo enviar el mensaje. Como si con ello ya hubiesen cumplido el propósito deseado, con independencia de la aceptación, o no, por parte del receptor. Algo así como un: «Que sepas que ya te lo he dicho, ahora, ya es asunto tuyo».

* * *

Las visitas con las que él más disfrutaba, eran aquellas donde la diferencia de cultura o recursos

económicos éra abismál, y requerían su máxima atención.

Algúnas véces, cuando el que solicitába llevár un mensáje o úna respuésta, le pedía su conséjo personál, sóbre cómo enviárllo, pára que su destinatário lo entendiése corréctamente, el mensajéro siémpre decía que llevaría el recádo, aun así, no éra su trabájo influír ni en el remiténte ni en el receptór, sóbre la fórma o contenido de lo enviádo o de lo recibído.

En algúnos cásos, muy contádos, cuando por algúna de las dos pártes, su capacidad éra reducida y el mensáje tenía releváncia o, la fórma en que lo planteában no reflejába la realidad, entónces él indagába más sóbre el contenido, los motivos o lo que se deseába obtenér, pára así encausár mejór el mensáje y pasár fiélmente lo deseádo. Me maravillába ver cómo lográba sacár así la verdadéra eséncia de lo que se deseába transmitir. Y, cómo, sin ser un árbitro o juéz ayudába a arreglár el probléma.

A mí, lo que más me gustába éran los comunicádos sin remiténte. Aquéllos donde el destinatário recibía el mensáje, péro no debía conocér la procedéncia. Además, no se esperába respuésta o al ménos él,

núnca la aceptó. El propósito de éstos encargos éra pára que, quien los recibía se enterára de algo, por ejémplo, que su mujer o marído se la jugába con álguien.

Éstos mensájes le parecían úna cobardía, y a él no le gustában, ahora bién... decía, no siémpre puedes seleccionárllos. No es nuéstra labór juzgár, síno transmitir.

En éstos cásos, siémpre advertía que el mensáje no tenía remiténte, permitiéndo así, ántes de entregárllo que lo pudiésen rechazár. La mayoría así lo hacía. Como en éstos mensájes no volvía a informár al que lo enviába, éste núnca sabía con seguridad si el destinatáριο lo había recibído. Jústo finál a tánta cobardía.

* * *

Un Imán, rogándonos la máxima discreción, nos pidió pasár ún mensáje a úna jóven. Élla éra conocída por tódos, por su belléza y múcha liberalidad.

—Dígale, que se ha cometido un pecádo gráve del cual tenémos que hablár.

Quedámos sorprendídos del misterióso encárgo. A pesár de la insisténcia del mensajéro, no pudímos obtenér más detálles del Imán.

Entregámos el mensáje a la sorprendída jóven, quien nos pidió que volviésemos al día siguiénte cuando hubiése tenído tiémpo de reflexionár.

La desconcertáda jóven del día anteriór nos recibió en la puérta y allí mismo con úna gran sonrísá nos despidió.

—Decídle, que del pecádo que cometímos es mejór no hablár. De tódas manéras, al ménos conmígo, no volverá a pecár.

Nos alejámos, al doblár la esquína no pudímos aguantár más, nos apoyámos el úno al ótro pára no caer de rísa. Lo que el Imán quería no éra hablár, síno ótra oportunidad pára pecár.

Sólo pensár en la expresión que mostraría al recibír la respuésta, no nos dejába ni respirár.

* * *

Como ése día éra importánte pára mí, pórque había recibído mi primér suéldo por trabajár tódo el día en

la tienda de mis pádres, invité al mensajéro a desayunár en el zóco.

Al ver que encargába pára él un chocoláte muy especiál y, además con deliciósos dúlces, preguntó sonriéndó:

—¿Adél, acáso quiéres que entrégue un mensáje túyo?

Me sonrojé, ¿estába leyéndó mi ménte?, péro no. En éste cáso no éra éso. Éra mi símple manéra de dárle las grácias por su amistád.

De tódas manéras pensé, que yo mísmo podría usár sus servícios. Cuántas véces dije álgo, y no se interpretó bién o sentí múcho habérlo dícho y no deshíce el equívoco.

Cuántas amistádes perdídas o abandonádas, por símple peréza de reiniciár la relación, o por cobardía en pedir discúlpas o perdón. Con lo fácil que sería, si álguen con discreción lo hiciése por mí. Que ésa persóna comenzáse de nuévo la relación, que encauzáse o supiése álgo en común o me ayudáse a entablár ótra vez, ésa pérdida amistád.

¡En fín, qué cantidad de momentos agradables
pasámos juntos, cuánto aprendí con él!

* * *

Gran parte del éxito de los mensajes entregados de ésta forma, era que, al haber una explicación previa al mensajero, la solicitud o el motivo del mensaje se moderaba, precisaba y clarificaba por parte del remitente. Y, el que lo recibía, después de pensarlo, tendía a otorgar un poco más de lo que en otra situación hubiese aceptado. Además, al existir un testigo neutral, otorgaba una cierta legitimidad.

En otra visita, lo comprobé. El que nos había llamado para enviar un mensaje, al tratar y no podérselo explicar, comprendió que no era apropiado. Poniéndose colorado, nos pidió disculpas por la pérdida de nuestro tiempo. Así, el asunto había quedado resuelto antes de comenzar.

En otros casos, el que recibía el mensaje y accedía (a regañadientes) a algo que pedía el que lo enviaba, para salvar la cara, a veces exclamaba:

—¡Y decídle, que lo he hecho por vosotros!

* * *

Aun en la situación de no aceptár la solicitud, ni dar respuésta, el hécho de ser informádo de ése probléma, ya dába pié a lograr algo positivo. A véces, la dificultád radicába en que el receptor ignorába la cuestión. Sólo con saberlo, y cási sin hablár, el téma podía quedár olvidádo, perdonádo, o al ménos minimizádo.

Reiniciár úna relación abandonáda que se quería reanudár, éra el cámpo ideál pára el mensajéro. Líos de familia o éntre familias, heréncias, éstos éran los terrénos perféctos pára su labór.

* * *

Un día, cuándo le recordé mi início como símples «ayudánte de mensajéro», dió pié a que él contáse el súyo:

—Fuí cartéro, luégo un mensajéro cási oficiál y en algún cáso... hásta del Sultán.

Úna mañána, —comenzó con gésto confidenciál—, úna amíga me comentó lo mal que lo estába pasádo al habér recibído úna cárta, la cual no podía entendér por su escritúra difícil y mensáje póco cláro, péro de úna treménda importáncia.

Élla mencionó que, si se lo hubiésen dicho de palabra, explicando en persona el problema, seguro que habría quedado mucho más claro y hasta solucionado. Como esa carta necesitaba respuesta... se me abrieron los ojos y, ante mí propio asombro, acepté llevar la respuesta, no como cartero, sino de viva voz.

Esta amiga, y a quien le envió el mensaje, quedaron muy contentos y liberados del problema. Por ello, lo fueron contando a todas sus amistades. Únos, porque necesitaban un servicio así, otros por la novedad y los demás, simplemente por ver el resultado o quizás por curiosidad. Lo cierto fue que me lloviéron los encargos.

Dejé mi trabajo oficial y me dediqué de lleno a este oficio del cual vivo, disfruto y me llena la vida tanto de la riqueza como de la miseria humana.

Conservo tantos tesoros secretos dentro de mí, que considero que soy el hombre más rico de la Tierra. Pero, al escuchár también tanta maldad, me impide disfrutar plenamente de ellos.

* * *

Un mensaje no muy habitual que llevámos me dejó un amargo sabor. Un juez, le pidió dárselo a un

préso, a quien con duréza y honestidád había sentenciádo como culpáble a la péna de muérte, a pesar de que el condenádo declarába su inocéncia.

—Deséo que le preguntéis, nos pidió el juéz, désde éste cláro anonimáto, y sin valór legál ¿si es en verdád inocénte?

El préso nos pidió que volviésemos en únos días pára llevár la respuésta.

Al volvér, nos dió un líbro. Y no nos díjo ni pidió náda más.

El autór éra el juéz, que se lo dedicába con palábras que mostrában úna viéja y profúnda amistád.

Entendímos el sentimiénto del Magistrádo, al habér sentenciádo a un viéjo y gran amígo, a la mayor condéna.

* * *

El reconocimiénto «oficiál» de su trabájo lo recibió sin esperárló, cuando úna mujér le pidió llevár un mensáje al Sultán, quien en únos días pasaría por la región. Su priméra reacción fué la de no aceptár el encárgo por la dificultád de acercárse a él.

El éxito del encargo pedido por ésta mujer «mádre de un soldádo muérto hacía póco en combáte y del mismo nómbre que el Sultán» no fué por haber lográdo entregárló en persóna. Ni por haber solicitádo el Sultán, dárle a la mujer la respuésta persónalmente y, ni siquiera, según algúnos preséntes, pórque el Sultán hubiése llorádo al abrazár a ésa mádre.

El impácto creádo en la región fué, por ráro que parézca, que núnca se súpo cuál fué el mensáje enviádo por ésa mádre ni la respuésta del Sultán: y ésto, a pesár del inménso interés que ésta correspondéncia había suscitádo, y el caríño que la mujer había generádo en tóda la región. El secréto quedó bién guardádo.

* * *

El mensajéro murió. Llamárló «mensajéro» éra cósa mía, a él ése nómbre no le gustába, prefería el de... «transmisór de mensájes». Emisário, le parecía pompóso y lo de ser un corréo tampóco, decía que éra como si él no aportáse náda.

Yo, su humílde ayudánte, continué trabajádo en la tiénda de télas, piéles y rópas de mis pádres.

Como única persona relacionáda que se le conocía, la policía me rogó que los acompañáse a su casa. Una múda, média docéna de líbros, jabón y ótros utensílios, constituían tódas sus pertenéncias. Sobre la mesíta de nóche, su viéjo y usádo relój de bolsílo. Pedí si podía quedárme con él pára recordárllo.

Al salir, un policía comentó, que el mensajéro poseía tan póco, que podría haberse llevádo a la tumba tódas sus pertenéncias. En cámbio pensé yo, lo que él, en experiéncias me ha dejádo, había llenádo mi vída.

* * *

Su salud siémpre fué frágil y núnca me habló de heredár su ofício, en cámbio, por el caríño y dedicación que ponía al enseñármelo parecía que sí. Algúna vez me pregunté, ¿por qué quería que le acompañáse, si no éra pára pasárme su trabájo? ¿Soledád, deséos de compañía o álguien con quien conversár?

* * *

Buénno, sólo habló de muérte cuando hizo un comentáριο sobre la génte que le informába de un fallecimíento. Si me avísan, me siénto obligádo a asistir a los entiérros, y no me gústan. Lo curióso es que la génte que me avisa de las malas notícias,

núnca lo háce de las buénas, y éellos sáben que no llévo mensájes de muérte. ¿A qué se débe que los amígos... y no los própíos familiáres, téngan tánto interés en informárnos de úna?

* * *

Núnca pregunté a nádie sóbre el mensajéro. Ni tampóco pedí que me contásen anécdotas sóbre él. Me parecía que le traicionába. Quería que fuése él, el que me informáse de su vída. Éso sí, ¡cómo deseába saber más! Éste gotéo de las histórias de su ofício éra úno de los mayóres placéres de mi vída, que él, con gran habilidád me dosificába. Si álguien, sabiéndo nuéstra amistád, contába álgo, no se lo impedía... ¡en absoluto!, péro tampóco animába ésa chárta.

Con qué ánsia aguardába los días que debía acompañárle. Lo que sufría esperándolo y la de véces que mirába por la ventána de la tiénda pára ver si llegába. Lo que me sonrojába cuando veía la sonrísas que ocultában mis familiáres.

* * *

Vários días después de su muérte, un cliénte tras ser atendído por mi pádre se acercó y me solicitó:

—Mañana me gustaría vérle; desearía que lleváse un mensáje.

¡Por Alá! Cuántas véces había soñado con ése momento, recibír el honor de un encárgo. En ésos sueños, yo me había visto preparádo, repasádo y entregádo un mensáje. ¿Qué palábras usaría? ¿Qué tóno emplearía?, estába cláro en mi mente que siémpre había deseádo seguir su camíno, sin embárgo, núnca me había atrevído a expresár lo que éra tan evidénte, que quería ser como él, y seguir sus pásos.

Túve que apoyárme sóbre el mostradór, estába tembládo de emoción. Le díje que por la mañana me íba bién. ¡Ay! A las tres de la madrugada hubiése ído y en rópa interiór, si así me lo hubiése pedído.

No me atreví a mirár a mi pádre que lo había escuchádo tódo. Péro, cuánto le agradecí, cuando más tárde, le díjo a mi mádre, que al día siguiénte viniése un ráto a la tiénda, puéstó que yo estaría ausénte. ¡Qué gran hómbré fué mi pádre!

Sólo úna vez me hízo un repróche al respécto de mi afición. Ocurrió al perdér yo un cliénte por no estár presénte en la tiénda. Díje que lo sentía, que hacía

hóras éxtras tódos los días pára compensár, péro que no podía vivír sin la satisfacció, gratificació y humanidad de mis salídas. Se levantó de la méssa me abrazó y besó. —Lo siénto híjo, he tenído un mal día y lo has pagádo tú.

* * *

—Soy un hómbrer rico, —indicó, miéntas comenzábamos el paséo—. Téngo pócós amígos y múcho trabájo. Y ha llegádo ése tiémpo en mi vída, en el que necesíto compañía.

He pensádo con quién desearía unírme. Sé que, a mi edád nádie, se casará conmígo por amór, deséo o símples atracció.

No téngo ningún repáro en entendérlo así. Por éllo, quiéro ofrecérle a éssa mújer (sin engáños) úna propuésta. Éso sí, ménos romántica, péro en términos de seguridad, caríño, prestígio y dinéro lo suficientemente interesánte como pára que élla considére aceptárla. Por su elegáncia, inteligéncia y bondád probáda, se merecería múcho más que yo, sin embárgo, quisiéra intentárllo, si usted me ayúda.

—Le escúcho.

—Soy rico repitió, feo y poco atractivo en lo físico como hombre. Pero honrado y fiel en todo lo que me comprometó.

Mi vida ha transcurrido, —continuó, mientras bebíamos un chocolate, solucionando problemas que me proporcionan mucho dinero, sólo para crearme otros que me hacen todavía más rico. No tengo familia y todo sería para ella.

Estábamos de regreso en su casa cuando puso encima de la mesa el sobre.

En el instante en que yo lo estaba recogiendo, de un cajón de madera sacó una bolsa de piel y la depositó sobre la mesa. Por el ruido metálico que hizo y lo plana que quedó, supuse que sería de gran valor y peso.

—Tómela —dijo.

—Con lo que me ha dado, tengo todo lo necesario.

—El sobre es por el mensaje, la bolsa es, porque en verdad quiero casarme.

Me miró con tal súplica... me cogió de las manos mientras las cerraba alrededor de la bolsa que no supe qué decir. ¡Quiero casarme, repitió!

Nunca nos había pasado nada igual con el maestro. Estaba pagando por un mensaje, sin embargo, esta bolsa no sabía para qué era, ¿qué servicio se esperaba por ella?

¿Por qué cogí el dinero? ¿De qué me arrepiento, si él, sin pedírselo me lo daba?, no había trampa... pero, ¿por qué lo hice?

El mensaje no lo llevé al día siguiente ni al otro. No estaba listo. Qué difícil fue prepararme para realizar mi primer encargo.

* * *

Me presenté en casa de la destinataria, comencé con un simple y claro:

—Un amigo suyo le envía un mensaje.

Me hizo pasar a la sala donde sobre la mesa se encontraba un libro abierto. Debía haber terminado de tomar café, viendo que había una taza vacía y no me ofrecía uno.

Los primeros instantes de la entrega de un mensaje «usted lector lo debe suponer», son los más difíciles. Es cuando se ve si hay que comenzar por las ramas, o ir directo al grano y, sobre todo, intuir de qué manera está dispuesta la persona a recibirlo de un transmisor de mensajes.

—Pues usted dirá.

—Quien me envía la conoce y aprecia. Me ha pedido a causa de su timidez, que se lo diga yo en persona y no mediante una carta.

Ella tomó la taza, e hizo el gesto de beber, como si algo de café quedase.

El sabe que usted conoce su interés. Por la mirada que ella mostraba, resultaba evidente que conocía la identidad de esa persona y tal como sospeché, el momento de la indiferencia llegaría, puesto que yo no podía comprender cómo una situación así se pudiese resolver.

El desinterés llegó, no al revelarle la identidad del remitente, ni al plantearle la proposición de matrimonio, sino por el énfasis en el dinero. Esta indiferencia quedó bien clara por la posición que ella había tomado en su silla, en lo bien marcado que lo

tenía en sus ojos y en el sentimiento de fracaso tan palpable que yo tenía en mi mente.

Nos dímos un tiempo para pensar. Ella, para prepararme y suavizar la respuesta negativa que vendría, me explicó algo de su vida.

—Soy pobre —exclamó— y lo peor, venida a menos. Lo terrible es que, todavía conservo los recuerdos de lo que tuve y que perdí. A pesar de ello, el dinero, que sí lo necesito, es menos importante que el cariño y los buenos sentimientos.

Quien le envía a usted, cúmplase con todos los requisitos que mi condición pueda desear, yo no puedo esperar más, ni él, por dignidad, puede pedir menos, la oferta es única, pero...

—Pero... —interrumpí, ante la palabra fatal—, ustedes dos tienen un interés común; cuando le dejé estaba hojeando un libro de mariposas, lo mismo que usted. Levantó los ojos, me miró con simpatía, abanicó su cara y volvió a mirarme, casi, casi con admiración.

—¿Quiere usted tomar un café? —Me ofreció sonriendo.

Cuando concluí la visita, mi mundo se había hundido. No había visto ningún libro en casa del que me enviaba. Las reglas del mensajero no las había respetado, había mentido. Podía cambiar las palabras, el tiempo, el énfasis, pero no el mensaje... ni la verdad. ¿Cómo era posible que ya, en mi primer encargo hubiese caído tan bajo?

Reflexioné «qué falso eres mensajero», ¿por qué motivo lo hice, por qué mentí? ¿Por dinero, ¿por conseguir un éxito en el primer mensaje?, tal vez. Sea lo que sea, había cambiado las reglas, acepté la bolsa por algo más de lo que era hacer el trabajo. Lo había hecho en mi beneficio: mentir, algo que yo no había planeado, ni deseado hacer. Sin embargo, había traicionado al oficio, al maestro y a mí mismo.

¡Por Alá! ¿Qué había hecho, por qué acepté el dinero? Esa bolsa me había obligado a hacer algo más que sólo cumplir con el deber de entregar un mensaje.

* * *

Me sentí un fracasado. Sabía que nunca llegaría a la altura del mensajero. Así, hice algunos trabajos más (nada importantes) cuando no podía evitarlo o ya estaban apalabrados o tal vez, esperando que

algúno de ellos sirviése como redención a mi «pecádo», ésto núnca ocurrió.

El día que recibí la invitación a su bóda, me acerqué a la ventána de la tiénda, retiré el letréro de «**Se llévan mensájes**», y lo tiré a la basúra. Mi pádre me miró y se fué a atender a un cliénte en ótra páрте.

Fuí a buscár el sóbre y la bólsa del dinéro, désde el puén-te los arrojé al río.

* * *

Han pasádo años, mis pádres han muérto. Al atardecér, cuando no hay cliéntes, me acérco a la ventána esperándo ver al maéstro. Mi refléjo oscúro en el vídrio paréce que es él, quien, con su tráje négro, viéjo y brillánte de tántas véces lavárl-o, me viéne a recogér. Y siémpre prométo decírle lo que núnca le díje, que le quiéro, admíro y añóro, si bién no sé con quién enviárle un mensáje tan símp-le como éste.

* * *

Después de mi fracáso como transmisór, mi vída se convirtiÓ en úna mezquína monotonía. Creí que debía alejárm-e de la ciudád que tántos buénos y málos recuérdos me traía.

* * *

Llegué a un acuerdo con mis familiares y los empleados en la tienda para que la cuidasen durante mi ausencia. Si les iba bien, hablaríamos para que se la quedasen. Así, quedé libre y me fui a trabajar a la costa.

* * *

Pasaron los años. Logré compaginar mi labor en una tienda de productos para marineros, con la de especialista en compras de telas y productos exóticos de tierras lejanas para los capitanes de navíos que necesitasen de mis conocimientos.

Nunca creí que esto diese pie a volver a reiniciar mi fracasado oficio. Todo ocurrió gracias al capitán de uno de los barcos con los que comerciábamos y que también lo hacía en la isla de los leprosos.

* * *

Adél, el ayudánte del transmisór de mensájes

Reláta: Adél.

Núnca pensé que me llegáse úna oférta tan extraordinária e inesperáda como la que me propúso el capitán. Ésta éra, viajár con él, cuando fuése a la «Ísla de los Leprósos». Llegádo allí, miéntras los demás tripulánte se encargában del comércio habituál, yo respondería a las solicitudes más delicádas que los habitánte de la ísla tuviésen. A su vez, entregaría los mensájes o cometídos que los familiáres o amígos en el continénte me hubiésen dádo pára los isléños.

El capitán había pensádo que ésto de recibír y entregár encárgos sería rentáble y, al mismo tiémpo humanitáριο. No éra adivíno. Durante años había escuchádo solicitudes de persónas en el continénte que tenían familia en la ísla y querían enviárles, comída, objéto y sóbre tódo mensájes de úna manéra íntima e individuál. Y por supuésto al revés, de la ísla al continénte.

Sálvo algúna excepción puntuál, ningún capitán aceptába ayudár. Nádie de la tripulación estába dispústo a acercárse a un isléño o aceptár náda que éellos hubiésen tocádo. Además, existía la veláda sospécha, de que los familiáres que venían a

pedírles ayúda en el continénte, pudiésen estar infectádos por la misma enfermedád, áunque no lo supiésen. Pócos aceptában éstos encárgos.

* * *

Nuéstro tráto económico éra: yo iría en su bárco y le ayudaría en la gestión de la cómpra de télas y similares en ésos viájes, cobrándole lo convenído. Cuando nos trasladásemos o pasásemos por la ísla, de lo que me pagásen los leprósos, le cedería un 10 %. No éra tónto el capitán.

De tódas manéras, acordámos como hacía el «Transmisór», que no cobraríamos náda al receptór de los encárgos, tánto en la ísla como en el continénte.

Después de mi gran fracáso como transmisór de mensájes, su proposición me llegó en tan buén moménto que, viéndo mi inménso alegría al aceptár el trabájo, pensó que mi interés éra económico. ¡Ay! Si él supiése que yo estába morálmente hundído y su oférta llegó tan oportunamente, que la hubiése aceptádo y pagándo.

La cercanía con los leprósos no me asustába. Ya habíamos visitádo algúno de éstos enférmos con el «Transmisór». Y tomaría tódas las precauciones

imaginables. Ya sabíamos que, siendo contagiada la enfermedad no era más mortal que otras que costaban más vidas. Mi contacto físico con lo que me daban era mínimo. Trataría que todo fuese a través de la palabra y si era dinero, piedras o perlas, las desinfectaría. El resto, era el riesgo que yo aportaba y por el que me pagaban.

Désde el momento que dije que sí, me sentí tan bien, que mi vida dió un vuelco total. Ya sólo soñaba con el primer viaje.

* * *

La mayoría de los barcos que comerciaban por la costa y algunas islas del Golfo Pérsico, a veces hacían escala en la isla de los leprosos por si los isleños querían adquirir alguno de los productos que llevaban, o que al volver les habían sobrado: carne salada, harina, azúcar, café, herramientas, medicinas, etcétera. Y si los isleños lo habían solicitado, traían lo encargado en el viaje anterior.

Por lo que se comentaba, los viajes a la isla eran bastante rentables para los propietarios de las embarcaciones, por el precio desorbitado que pedían por lo que vendían. El único problema que siempre tenían, era encontrar marineros cuando se programaba visitar a los leprosos.

El nerviosismo de la tripulación aumentaba a medida que se aproximaban a la isla y más aún, cuando por las malas condiciones del mar y viento, tenían el peligro de embarrancar al acercarse demasiado a la playa.

El asco era patente al ver a los enfermos, nadie se molestaba en ocultarlo. Sí, los marineros sentían pena por ellos, pero en realidad, lo que querían era acabar pronto y partir.

Al capitán se le ocurrió este «negocio» durante una de esas raras oportunidades, cuando la tranquilidad del mar y el poco viento, les había permitido acercarse bastante a la playa y mantener una conversación a gritos con los isleños. Uno de ellos dijo que necesitaba un favor especial, a pesar de ello, no quería que nadie más lo escuchara. Necesitaba explicarlo bien y no a grito pelado. ¡Lo quería hacer como un ser humano! Si había alguien que se acercase a un punto remoto de la playa, a distancia normal de conversación, sin contacto, e hiciese ese servicio, él, pagaría espléndidamente. ¡Nadie se ofreció!

* * *

Cuando llegámos a la isla, el capitán, conmigo a su lado, informó a los que estaban en la playa, que había venido la persona adecuada para hablar con quien había solicitado ese servicio especial. Me presentó como Adél. Además, estaría dispuesto a atender a todos los que lo solicitaran. Y aceptaría desde el continente la misma clase de servicios con la isla. Ésta fue la primera vez que se oyeron aplausos y gritos de alegría desde la playa. Al poco, apareció la persona interesada e indicó el final de la bahía para la reunión.

Coincidió que ese día, el barco casi embarrancó al acercarse tanto a la playa. El retraso, hasta que llegase la marea alta para alejarse de la isla, sería suficiente para intentar hacer un buen trabajo en esa primera e importante oportunidad. Accedí a su propuesta de encontrarnos en el extremo de la playa. Allí tendríamos suficiente tiempo para toda la gestión antes de salir a alta mar.

Tomé un bote y remando me dirigí al punto donde se encontraba. Mientras me acercaba pensé en lo difícil que sería para él pedirme «eso», que seguro sería muy especial y pagar por adelantado sin saber si yo cumpliría.

Paré, según mi entender, a úna distância suficiente de no contágio péro lo bastante cerca pára poder hablar como personas.

Lo que yo iba a ganar por éste servicio me animaba, sin embargo, lo realmente importante pára mí éra redimírme del error pasado. Pára él, la mayoría del págo éra simplemente por tener yo que aguantár su presencia, olór incluído, posibilidad de contágio y el résto del trabajo, muy poco, por hacer lo que me iba a pedir. Trabajo que en condiciones normales resultaría fácil: sólo hacerle un encargo. ¡Qué cara les resultaba su enfermedad!

Comenzó sin prisas. Pára cautivárme y hacerme aceptar y cumplir el cometido, me explicó algo de su vida.

* * *

Estaba muy enamorado de su esposa con quien no había logrado tener hijos a pesar de que los dos lo deseaban. No sabían con seguridad quién era el que no podía procrear. Si bien, las diversas enfermedades que ella había tenido en su juventud lo indicaban con bastante certeza.

Ella, triste viéndolo presionado por familiares y amigos pára que tuviése descendencia, propuso

que, mejor que adoptár úno, prefería que buscáse temporálmente ótra mujer. A la cual podrían compensár generósamente. Y así al ménos, el hijo tendría su sángre.

Él lo rechazó de pláno. Reálmente estába enamorado de su mujer y no podía aceptár véirse metído en ésa situación tan anormal y pára él triste. Un día, cenándo en cása de los pádres de élla, su espósa les explicó la idéa. Pára su sorpresa les pareció bién. No habría engáño y se resolvería el probléma que a tódos tanto entristecía. Él siguió rechazándolo. Péro, a los amígos comunes y ótros familiáres el plan les parecía geníal.

Siéndo la situación tan símple, clara y aceptáda por tódos, sus arguméntos en cóntro se fuéron reduciéndo y como los años pasában acabó por cedér.

Se lo comentó a su espósa con la esperánza de que ésta última dificultád le salvaría de tenér que hacérlo.

—Bién, —díjo—, péro... ¿con quién? No será fácil.

—Lo téngo solucionádo contestó élla. ¡Con mi hermana!... está de acuérdo, además te aprécia. Así tendrémos a nuéstro hijo con sángre de los dos.

* * *

Dejé los rémos, híce un gran esfuérzo pára no mostrár ni sorprésa ni admiración. Lo único que logré fué callárme y no decír náda.

Pasádo un tiémpo me atreví a preguntár.

—¿Y qué deséa usted de mí?

—Contráje la lépra, —continuó—, los del puéblo se enteráron, murmurában y nos esquivában. Lo que deséo es que búsqe a mi familia, que les explíque que no les abandoné. Úna nóche me rodeáron vários hómbrs me atáron y drogáron. No sé cuánto tiémpo después aparecí en ésta pláya. Sin querérlo, los dejé en úna mála situación morál, económica y sin sabér náda de mí.

Se púso a llorar.

—Tranquilícese por favór —le díje al vérlo sufriendo—. Disponémos de bastánte tiémpo pára que me explíque la situación.

—Confío en el amor de mi espósa, no obstante, si ya hubiése encontrádo ótra paréja lo comprendería. Lo importante es que tenemos un hijo al que adorámos.

Désde que estóy aquí, he trabajádo inténsamente pára recolectár úna razonáble cantidad de pérlass y piédras semipreciósas que quisiéra les lleváse.

Me mostró un gran pañuélo lléno de éllas.

Se me hizo un núdo en la gargánta. Comprendí el dráma de éste hómbré. No sé los años y el esfuerço que le habría costádo lo que había extraído. Y tódo lo íba a ponér en mános de un extraño. Con pócas posibilidádes de que fuése entregádo considerándo su apreciable valór. Él, no se encontrába bién, su lépra estába muy avanzáda.

—He escríto la dirección y nómbre de mi espósa e hijo. Si no quiere tocár el papél se lo explíco ahóra con más detálle pára que le séa fácil encontrárlas. Búsquelos, y por favór engáñelos. Dígalas que estóy bastánte bién, que los quiero múcho. Y a élla, que la ámo tánto o más, que cuando nos casámos, véinte años atrás.

—Síga, le animé. Continuó.

—Quédese de la bolsa lo que usted considere conveniente por sus servicios. Si vuelve, cuénteme cómo se encuentran, dígame la verdad. Si ella está con otro, estoy seguro que habrá escogido bien.

Si usted confía en mí (ahora, ya no tengo nada más para darle) me comprometo a entregarle todo lo que pueda extraer en el próximo año si conserva el secreto de donde estoy. No quiero que ellos lo sepan. Daría mi vida por poderlos ver, pero: ¿Quién quiere ver a un padre o esposo leproso?

* * *

Fuí el hombre más feliz del mundo volviendo al continente con éste encargo a realizar. ¡Cómo disfruté planeando el encuentro durante el viaje de regreso! La cantidad de momentos irrepetibles de los que gocé buscando a su familia, la emoción que sentí cuando me presenté, en nombre de su padre y esposo desaparecido. Y por su parte, las repetidas preguntas sobre ¿cómo se encontraba él?

¿Qué me entregarían como prueba de que yo realmente había hecho la visita? Al final, lo de menos valió, era lo que cumplía mejor con lo que querían lograr. Llevarle sus prendas más queridas, y

los objetos que él más utilizaba, que seguro las recordaría.

Luégo, me diéron un sobre abierto con una carta. En su presencia y sin leerlo lo cerré. No preguntáron lo que él me había confiado, ni lo que yo había tomado. Entendiéron que, pudiéndo habérmelo quedado todo, había ido a visitarles. Eso, para ellos bastaba.

* * *

Esta situación tan personal me hizo pensar que mi trabajo en la isla sería mucho más que limitarme a entregar mensajes y perlas, yo no era un transportista. Lo que casi todos me pedían llevar, no pesaba, eran sentimientos. Y yo los atesoraba.

Aprendí que, cuando volviése a realizar esta función, debería averiguar más del que me enviaba y del receptor. Esto era lo que más interesaba a todos. Tal como hacía mi maestro, el Transmisor. ¡Y qué razón tenía!

* * *

Volví a la isla lo más rápido que pude. Llevé la carta, entregándosela a corta distancia. Y varios paquetes con sus pertenencias que reconoció enseguida. Le aseguré que su esposa y el pequeño (ahora no

tánto) estában muy bién. Miénttras leía nos pusímos a llorár.

—¡Papá, papá! Désde el bárco sonó el gríto de un niño al ládo de su mádre.

No túve el valór de mirár a éste pádre emocionádo. Yo le había falládo, péro no me arrepentía. No había podído negárme a decírle a su familia dónde se encontrába. Posé los ójos sóbre la pláya. Vários isléños ya se estában preparádo pára acercárlo a la náve.

No créo que ni el capitán, nádie a bórdó, ni los reméros del bóte, o los que estában en la pláya, dejáran de emocionárse al presenciár tan maravillóso encuéntró de amór, sóbre un már tranquilo que, ése día había enmudecído pára poderlos escuchár.

* * *

Después de éste moménto que llenó mi vída, no perdí ni úna oportunidad de ir a la isla. Los ótros capitánes también me avisában cuando íban a partír hácia allí. Yo no podía vivír sin el págo, en sólidas monédas de caríño que los leprósos me dában. Al ver que los escuchába, que ejecutába sus deséos y volvía pára contárselo, los encárgos me llovían.

Mi capitán comprendía que, cuando él no iba a la isla, que yo fuéase con el primér bárco que partiése hácia allí.

Hubiése pagádo por hacér éste trabájo. Cuántas véces les devolví pérlas y piédras preciósas de la bólsa que me dában ¡que no lo sépa el capitán! Algúnas véces, el págo éra excesívo por lo que tenía que hacér. Ótras, al contráριο, éra muy póco lo que podían ofrecérme, áunque núnca pedí más.

Según éellos, me pagában por lo que yo tenía que arriesgár, sufrír y soportár. Yo cobrába según la dificultád de lo que pedían. Descontába de ésta súma, el valór de dejárme trabajár. Pensándo siémpre, que el capitán ganáse lo suficiénate pára continuár. No podía permitír que dejáse de interesárle ir a la isla.

¡De cuántos episódios humanos disfruté! ¡Cuánto aprendí! ¡Téngo tal cantidad de histórias pára contár! Tántas, como lágrimas derramé de tristéza, felicidad o soledád.

* * *

Nára en la isla

Reláta: el espíritu de la comunidad de leprósos.

Miéntras la isla tuviése pérlas, y los marinéros, mercadéres y pirátas, tánto miédo a venír a pescárlas, o robárlas en nuéstras cóstas, las medicínas, provisiónes y algúnos capríchos los teníamos asegurádos. Péro tódos éstos biénes, que tánto necesitábamos nos resultában cáros y no éra náda fácil conseguírlos.

* * *

Un día, dos bárcos se presentáron en la isla. Ésta vez sin el propósito habituál. Los comerciántes llegáron con úna náve de más. Ésta última embarcación con vários personájes armádos hásta los diéntes. La apariéncia de éstos, distába múcho de los que normálmente venían a comerciár.

Corrímos por nuéstras ármás que hacía tiémpo habíamos comprádo por seguridad y que póco habíamos usádo. Aunque la péscas éra abundánte en nuéstra isla, no así la cáza, sálvo algúnas áves.

Al ver nuéstra reacción y aconsejádos por los comerciántes habituáles que nos visitában, los de la nuéva náve dejáron las ármás y mostráron lo que a la isla los llevába, y que querían vendér. Úna mujér.

¡Y qué mujer nos mostrában! Jóven, vestída con úna preciósá túnica blánca, dígna, elegánte, y con la miráda al frénte.

Su jéfe nos la ofreció, en médio de las rísas de sus compañéros, por el valór de tres cázos. No de pérlass, síno, por el símbolo de un cristál, que nos hiciéron con sus mános. Entendímos que los querían llénos de piédras semipreciósas, ágatas, cuárzos rósas, ámbar, etcétera. La mercancía de más valór que teníamos que sólo utilizábamos en cázos muy contádos y especiáles.

Tódas las mujéres y bastántes hómbrés, que en ése moménto se encontrában en la pláya se retiráron al comprendér lo que íba a pasár. Únos por vergüénza a presenciár algo tan inhumáno y desagradáble. Las mujéres, por no poderlo impedír y las demás por pensár que, habiéndó úna mujer nuéva, los hómbrés las dejarían de presionár. Úna de éllas, mostrándo múcho valór, le dió úna bofetáda, ántes de retirárse, a úno de los que mostrában interés por la oférta.

La discusión comerciál se inició en la pláya, las piédras las teníamos. Sin embárgo, no tódos estában de acuérdo en hacér la cómpra. Nuéstra ísla ya éra «la ísla maldíta», ¿deseábamos además

que fuése la que compráse mujéres no leprósas pára nuéstro deléite?

Al ver la dúda, éntre búrlas desnudáron a la muchácha, élla permaneció segura, altíva y erguída como úna estatua.

Los ménos enférmos, que éran los que más piédras extraían, dijéron que íban a aceptár la oférta pagándo con sus piédras y no con las de la comunidad. El résto del pobládo, no estába de acuérdo con la cómpra, a pesár de éllo, no tenían la fuérza, derécho o autoridad pára impedírlo.

Los comerciántes y los traficántes de esclávos no sabían que las piédras también éran bastánte abundántes en la ísla, áunque, por nuéstro probléma físico, difíciles de extraér. Péro, no debíamos hacér úna muéstra evidénte de éllo, pués por ésa riquéza, sí que podrían decidír invadír la ísla.

¿Y, adónde iríamos nosótro?, ¿en qué sítio encontraríamos ótro hogár con pérlas que nos mantuviésen vívos, considerándo las dificultádes de nuéstra enfermedád?

Los isléños interesádos, dibujáron su contraoférta sóbre la aréna: un cázo de piédras variádas, dos

cuéncos de pérlas y úna cája de madreperlas. Unidádes y medídas que los isléños tenían cláras y los que venían, después de tántos años de intercambio también.

Désde la náve redujéron su propuéstá a dos cázos (ya habían supuésto que, lo que habían pédido pára comenzár, les sería imposible obtenér).

El truèque fué aceptádo, áunque los traficántes no se confiáron. Exigiéron el págo por adelantádo. Éllos escogerían las piédras de un lóte que les presentaríamos.

Un marinéro de múcho coráje, pára asegurár la cantidad y calidad del págo se acercó a la pláya con un pequeño bóte. Durante el tiémpo que se tárdá en recibír las piédras y pérlas, seleccionár las mejóres, girárse y mostrárlas a los demás del bárco, ya se había tragádo úna pérla del lóte... ¡Qué elemento! Los isléños no dijéron náda, su coráje merecía un prémio. Y no se quería creár problémas. No, no nos tenía ásko, se había tragádo álgo que nosótro habíamos tocádo. Reímos de su habilidád.

Úna vez tódo fué recibído y comprobádo por el résto de traficántes, se quedáron las piédras y les diéron las pérlas y madreperlas a los comerciántes por el

servicio prestado de llevarlos y presentarlos en la isla.

El mismo personaje regresó con la mujer y la dejó de pie en la orilla sin permitir que nadie se acercara a ella hasta que retornó a su nave. ¡Qué perfecta e indefensa se veía en la playa!

Se acercaron los que habían pagado, ya peleándose por ella antes de haberse aproximado.

—Estoy hambrienta, sedienta y cansada —gritó—, ¡quiero lavarme! Voy a ir a algún sitio donde pueda descansar. Y dirigiéndose a los que la habían comprado —añadió, a partir de mañana, aceptaré por compañía a uno de vosotros cada noche. No necesitáis forzarme.

Todos pararon en seco. ¡Qué presencia, qué autoridad!

Se abrió paso entre los hombres. Nadie se atrevió a detenerla y caminó hasta el pueblo donde las mujeres la aguardaban.

Los traficantes, ahora sin reír, izaron velas y zarparon.

* * *

Cumplió lo prometido. Cada día se acercaba a su choza un hombre y ella cada noche les hablaba, les contaba historias que recordaba de su infancia o qué se inventaba. A veces, les preparaba comida, lavaba y curaba.

El sexo era humillante, pero escuchar y compartir las historias y penas de ellos, era lo único realmente triste y doloroso que tenía que sufrir durante la noche. Cuando al amanecer partían de su cabáña, se levantaba, se acercaba al mar a lavarse y a llorar bajo el agua para que así nadie lo notara.

Una noche, una mujer se presentó y al abrírle, ésta confesó que sólo deseaba un poco de cariño. Y ambas, muy juntas, hablaron hasta el alba.

Nunca rechazó, jamás gritó, ninguna vez se quejó.

En una ocasión, un hombre le dijo lo mucho que odiaba lo que hacía. Jamás en su vida se perdonaría la humillación que la hacía sufrir y que, ni siquiera tenía la excusa de pagárle para no tener remordimientos.

* * *

Pasádo un tiémpo, úna nóche nádie víno y luégo, en tódo un mes sólo úno se presentó. Los encuéntros pára que, sorteándo, luchándo o renegándo se decidiése ¿quién sería el afortunádo en compartír ésa nóche con élla?, ya no tenían lugar. Ahóra nádie quería forzá a ésta mujer que tan bién los tratába. Nára se había ganádo su respéto.

Duránte el día, se dedicába a lo que las ótras mujéres realizában en la ísla. Además, por su formación enseñába a los niños y al que quisiése, a leér, escribír y hásta cantár. Ayudó a tódos en lo que podía. Al finál, aprendió a querér a la mayoría de los isléños y éellos, a élla múcho más.

Compartía el desprécio por un ser misterióso y poéta a quien tódos llamában «El Canálla». Los isléños le odiában, por habér permitído que su amánte, que no éra leprósa, viniése a la ísla pára cuidárle a pesár de no querér-la. Élla estába muy enamoráda de él.

* * *

El canálla

Por cáda béso, híjo y niéto
que me díste.
Caríño, respéto y ternúra
te quité.

Cuántas véces téngo que decírte,
que no te quiéro.
Cuántas véces téngo que decírte,
que núnca te querré.

Jamás álgo de afécto
quíse dárte,
a cámbio de tus toneládas
de querér.

Ahóra que estóy ciégo, sórdo,
impedído y lepróso,
no compréndo cómo, todavía
quíeres permanecér.

Cuánto más dolor débo causárte
para que entiéndas,
que a pesar de que te necesito,
núnca te amaré.

Áunque las nubes láven mis ojos,

las abejas retíren la cera de mis orejas
y un caballo me lleve siempre.
Ni te quiero, ni te quise, ni te querré.

Pero ahora que me haces falta,
quédate.

A pesar de no desearte,
te aceptaré.

* * *

Haméd

Relátan: Nára, Haméd y el autór

Hacía únos días que Haméd había tomádo la costúmbre de pasár por delante de mi cabáña. Cuando fumába, yo olía su tabáco. Su aróma atravesába las cáñas que formában las delgadas parédes de mi chóza. Péro núnca se aproximába a la puérta.

En el puéblo jamás se acercó a mí. Al vérme, desviába su camíno pára evitár cruzárnos. Yo lo había reconocído. Éra Haméd, el gran amór de mi juventúd, el híjo del jardinéro a quien tántas véces había observádo désde mi aposénto cuando él trabajába en nuéstro jardín. Recuérdó que allí se esforzába tanto y tan bién. Dába gústo ver cómo cuidába los frutáles. En especiál el ládo contrário de los árboles a mi ventána, éso le permitía miéntras los podába, estár mirándo hácia mi habitación sin que se notáse demasiádo.

¡Cómo nos reíamos de su fidelidád a ésa páрте traséra que lo ocultában miéntras mirába! Además, siémpre colocába las macétas de las más bellas flóres cerca de mi cámara.

Cuando yo paseába con mis amígas por el jardín, él siémpre se acercába pára ofrecérnos las frútas más seléctas y contárnos algúna incidéncia con las plántas.

Entendí que ahóra le dába vergüénza presentárse como lepróso y, por respéto, núnca me acerqué a él, a pesar del gran deséo que tenía de saber algo de mis pádres.

* * *

A los pócos méses de mi llegáda a la ísla, ya éran escásos los hómbrés que por la nóche se acercában a mi cabáña. Cuando algúno lo hacía, llamába símplemente. Esperába mi respuésta y entrába. Péro él, núnca lo hizo.

Un día salí y me púse a su ládo, escondió su máno izquiérda en el bolsílo, giró un póco la cára e intentó alejárse.

—No te váyas, ¿cómo te llámas?

—Me llámo Haméd

—Núnca he recibído tu visíta, ¿acáso no te gústo?

—Sí y daría mi vida por ti. Sin embargo, no tengo lo que hace falta para atravesar esa puerta.

—Sé que, al principio de mi llegada a esta isla, era bastante difícil decidir quién vendría esa noche. Ahora, como puedes ver pocos se acercan.

— No soy de los que te compraron para poder venir una noche. Y nunca lo haría, para eso, me falta algo muy importante.

—¿Y, qué es lo que no tienes?

—Tu cariño...

—Ven, acompáñame, vamos a pasear por la playa, ¿de dónde eres?

—No me has reconocido, soy Haméd el hijo del jardinero de tu palacio.

No quise reconocer que ya lo sabía, no quería que se descubriese mi identidad o la suya.

—¡Haméd, el cuidador de nuestro jardín! ¡Qué gusto verte! Díme, ¿cómo están mis padres?

—Tu mádre murió de péna cuando desapareciste. Tu pádre, si bién ya viéjo, sígue reinándo con amór. Suspíra por ti, crée que estás muérta. Le daría úna gran alegría sabér que estás bién. Entiéndo que no lo has hécho pórque no has podído comunicárte con él.

—¿Cómo me reconociste?, ¿cómo supiste qué apariéncia tenía yo? Las princéssas no se muéstran a los jardinéros.

—Úna nóche, muy tárde, salíste al jardín a cogér únas flóres. Yo, estába escondído, y tú, pensándo que nádie te veía, dejáste caer el vélo. Había vísto várias véces tus ójos azúles cuando paseábas por el jardín, péro núnca tu cára.

—¿Cómo llegáste aquí?

—Abandoné nuéstra viviénda en palácio. Les díje a mis pádres que quería conocér mún-do. No deseába que éllos supiésen que había contraído la lépra. Comenzába a notárse y segurámente por éllo perdiésen su trabájo.

Viajé un póco. La génte, al comenzár a sospechár que yo estába enférmo me dirigía insúltos, malos trátos o me apedreában pára que me alejára. Por

éllo tomé la decisión de venir a ésta isla, donde al ménos, en lo relacionádo con la enfermedád, tódos sómos iguáles.

—Haméd, cuéntame algo de tu vída aquí.

—Como tú bién sábes, los inícios son muy difíciles. Al llegar, si los que te tráen no te han matádo o robádo y has lográdo alcanzár vivo la pláya, puedes dárte por satisfécho. Luégo, los de la isla, lo póco que aún posées te lo quítan, especiálmente las medicínas. Al no habér médicos, se aprécian múcho. La mayoría de éstas drógas son estáfas, productos sin báse medicínal.

—Es verdád Haméd, péro síguen usándolas.

—Los ísleños te déjan sólo lo estríctamente personál. El dinéro o las jóyas te lo incaútan, según dícen y, es bastánte ciérto, pára las necesidádes comúnes.

Luégo, te explican cómo trabajár pára conseguir pérlass y madreperlas en el mar o alguna piédra sémi preciósá en las mínas. Ésto dependerá de tu capacidád y estádo físíco. A mí, no me ha ído mal, me encuéntró todavía bastánte bién, colabóro múcho con tódos. Lo que nos vénden los

comerciánte nos sále muy cáro. A véces, tenemos múchos problémas pára conseguír los aliméntos necesários y, en mi cáso las semíllas, abónos o plántas.

—¿Y siémpre ha sído así?

—Me han contádo los anciános, que al início fué múcho peór. Los leprósos que ya estában en la ísla, cuando llegában los nuévos, normálmente los matában pára robárles lo que traían. Luégo aprendiéron que, si no éran más población, se unían y se organizában pára enfrentárse a los comerciánte, no sobrevivirían.

Tratár los negócios de los bárcos con el conjúnto de los isléños (y no individuálmente) simplificó tódo el procéso y resultó beneficióso pára ámbas pártes en cóstes y frecuéncia de visítas.

Por mi páрте Nára, póco a póco me he convertído en el horteláno de los vegetáles y frútos que ésta tiérra tan fértil nos déja cultivár. Sigo colaborándo con tódos y me siénto bién. No arrástro los piés ni cojéo, véo aceptáblemente, áunque téngo la máno izquiérda agarrotáda y en mi cára se ve cláramente la lépra. La enfermedád con el tiémpo irá a más.

—Sabía que estabas metido en los trabajos del campo. Pero desconocía que las verduras y algunas frutas frescas que he comido alguna vez, las cultivas tú. Te felicito.

—Sí, todo lo que produzco, a su tiempo lo llevo a la casa común. Allí lo reparten. Los niños son los más beneficiados. A veces en tiempos de buena cosecha, hay tanto de algunas frutas y hortalizas, que todos podemos disfrutar de ellas. He tenido mucha suerte con las habas, berenjenas y alcachofas. ¡Ah! Mi mayor éxito lo obtengo con los niños, por las fresas.

—Sí, lo sé, mis alumnos me lo cuentan. A veces me traen alguna. Son muy buenas.

—Nara, quería preguntarte algo. Si ahora que tengo la oportunidad de hacerlo no lo hago, nunca me lo perdonaré. Entonces eras muy joven y yo sólo sería un capricho o porque era el único joven que veías con frecuencia. ¿Es cierto que te gustaba?

—Haméd, no sólo me gustabas, estaba enamorada de ti. Siempre mirándote por la ventana, me encantaba ver cómo trabajabas, especialmente cuando lo hacías cantando. ¿Piensas que cuando bajé al jardín y se me cayó el vélo, fué un descuido?

Te había visto allí y deseaba que me vieres. La de veces que organizaba visitas al jardín con mis amigas para poder hablar contigo.

—Nara, siempre disfruté de las visitas que hacías con tus amigas. Me sentía bien mostrando en lo que trabajaba. Y explicando las diferentes plantas.

—Se notaba Haméd. Luego, partí en el viaje «oficial» que mi padre adelantó, para alejarme de ti. En un pueblo remoto conocí a mi compañero de infortunio, me enamoré perdidamente de él. Nuestra felicidad duró poco, lo mataron los traficantes de esclavos. A mí, por venganza y dinero, me trajeron aquí para venderme a vosotros.

—Sí, nos portamos muy mal contigo. Sin embargo, poco a poco te has ganado el aprecio de todos. Tus clases a los niños y mayores te han creado muchos amigos. Los pequeños que, afortunadamente contraen poco la lepra, son lo único que todos vemos con futuro, son los hijos de todos... la mayoría ha perdido a sus padres. No hay seres más felices y queridos en el mundo, que los pequeños de aquí y tú, en esto, has contribuido inmensamente.

—Haméd, viendo lo mucho que estos niños necesitan a sus padres, y al hacer de sustituto, me

he dado cuenta de lo mucho que deseo tener un hijo.

—Lo que todos admiran en ti Nára, es que a pesar del oficio que te has visto obligada a ejercer, has conseguido que las pocas mujeres afectadas por esta situación no tengan celos de ti. Eres extraordinaria. Además, tus consejos de vestimenta y cosmética para ocultar la lepra han conquistado a todos.

—Gracias Haméd, me haces sentir bien.

—Te voy a contar por qué, últimamente he venido cada noche hasta aquí. Hace poco nos reunimos todos y se aprobó, lo que ya tácitamente se hace, retirar la exigencia a los que te compraron de recibirlos cada noche. Pensamos con vergüenza que eso nunca debió haber sucedido. Así, me pidieron que te lo dijese.

—Haméd, me alegra que hayas sido tú el que me lo haya dicho.

—¿Qué piensas hacer Nára?, no eres leprosa y no tienes ninguna obligación de permanecer aquí.

—Mi buen amigo, me será difícil abandonár ésta isla en donde me siénto tan bién. Además, áunque parézca increíble, aquí soy libre. A pesar de lo mal que sóis tratádos por la humanidad, considerádo el sufrimiénto con el que debéis vivír; la mayoría de la génte de aquí, es más compasíva que algúnos de los comerciántes y marinéros que viénen a explotár vuéstro dolor.

—Tienes razón Nára. ¡Cómo desearía poder ayudár a la génte de ésta isla! Necesitámos tanto: un médico, comída adecuáda, profesóres, tal vez algúna autoridad, libros, respéto y comprensión. Tódo lo que nos hága sentir que todavía sómos séres humanos.

—Además, por el enórme contácto que he tenído con los leprósos, los mercadéres no aceptarían llevárme de regréso en sus bárcos por múcho que les pagáse. Ya sabes, hásta quéman los bótes con los que nos entrégan la rópa y comída pára no subírla al bárco. Pócos tocarían náda después de habér estádo en contácto con nosótro.

—Sí, es ciérto Nára, me contáron que algúno pagó pára que se lo lleváran en úno de los bótes con que nos tráen lo que pedímos. Lo hacían arrastrádo ésa pequeña embarcación detrás del bárco. Núnca

se súpo si los pócos lócos que lo intentáron lo lograron. Los mercadéres jamás mencionáron el resultádo. Tal vez es injústo y cruel pensár así. Puéde que no lo dígan pára conseguír más cliénte.

Es fácil suponér el desenláce. El lárgo viáje, úna posíble torménta o que el bóte estuviése a púnto de volcár, segúro que al desgraciádo no lo subirían al bárco. Así, es cási imposible lograr llegar vívo al continénte.

—Yo no estába y no lo púde ver, péro me contáron un episodio horroróso.

—Sí Nára. Ocurrió la a última vez que se intentó. Jústo, al salír de la bahía, el bóte dió un giro inesperádo, el hómbré perdió el equilibrio y cayó al água. Fué devorádo por los tiburónes delante de tódos nosótro. El horrór víno un póco después, al ver que un niño se había escondído éntre los víveres y debájo de las mántas del bóte pára podér también escapár. Tal fué la conmoción, los llántos del niño, los grítos de tódos nosótro, que hásta los mercadéres se les ablandó el corazón, bajáron un bóte y empujáron el del niño hásta la pláya.

—Haméd. Éste episodio me hizo también ver lo múcho que ámo a los niños. Me sería difícil vivír sin

ellos. He educado a tantos, de tantas edades que quiero tener el mío y disfrutar de su crecimiento.

Esto es una isla sin salida, es más que maldita, alberga riquezas innecesarias y nada de lo básico que nos es tan indispensable. Donde los de fuera no quieren entrar y los de dentro no podemos salir.

—Tienes toda la razón. Tú, al no ser leprosa, tal vez podrías irte. Aunque lo veo difícil.

—Haméd, no sabes cuánto daría yo por poder ver a mi padre y decirle que estoy bien. A pesar de ello no me quedaría en palacio, ya tengo poco que ver con la vida de allí. Además, al saber sus súbditos mi estancia en esta isla, no le ayudaría en su gobierno.

—Si lo lograras, cuánto agradecería si visitases a mis padres y les dijeses que sigo de jardinero. Ellos tampoco han sabido nada de mí.

—Pensé en contratar a alguno de los marineros, para que llevasen la noticia de que estaba viva. Si lo pedía y pagaba a varios de ellos, tal vez alguno... por compasión y si pasaba cerca de palacio, que está muy lejos de este sultanato, cumpliría el encargo y se lo diría a mi padre... pero nunca lo hice.

Además, también sabría dónde y en qué condiciones vivo y por ello, su pena sería mayor que creyéndome muerta. También necesitaría revelár en ésta isla mi origen y no créo que ésto fuése una buena idea. Como prueba de que el mensaje lo enviaba yo, sólo tengo una aguja de oro que mi madre me regaló. Siempre la he guardado escondida en el pelo, así no la he perdido. Es mi único recuerdo físico de ellos, no quisiéra deshacérme de élla, sin embargo, lo haría encantada para que mi padre supiese de mí.

—Nara, yo tuve la misma idea. Pensé, sin que lo supieses, informár a tu padre a través de los míos, de que estabas viva. Les dirían que «la de los ojos azules» vivía. Si bien, al oír hablar a varios de nuestros compañeros comprendí que no era una buena idea. Los isleños hemos aprendido que informár a familiares de nuestra situación, haciéndoles saber en qué lamentable estado vivimos, originá una cruel coacción.

—Es cierto Haméd, y es muy triste.

—Hace años, al saber que mediante los barcos de los mercadéres (pagando cantidades astronómicas) podrían acercarse a la isla, algunos familiares o

amigos se desplazában hásta aquí pára vérlos o hablár con éellos. Por el camíno, debído al cóste y tiémpo del viáje, perdían dinéro, en cámbio al llegar, ganában en realísmo. Al acercárse y ver a los leprósos en la pláya, nádie quería desembarcár sabiéndo que no podrían regresár. Sí, se produjéron múchas muéstras de amór y afécto a distáncia, péro también de sufrimiénto innecesário por páрте de los que llegában y de los que estában aquí. Así, se decidió no permitir o alentár ésas visitas pára que no se repitiésen éstos dolorósos tránces.

—¡Haméd!, no sábes lo múcho que te agradézco que háyas pensádo en mí. Véo que por nuéstrs pádres haríamos lo que fuése necesário.

—Nára, olvidémos por algún tiémpo éstos trístes pensamiéntos. Me encantaría mostrárte el huérto. ¿Por qué no viénes mañána a vérlo?, no sábes cuánto he deseádo enseñárte mis flóres estando tú delante de mí. Téngo algúnas frútas que cási iguálan en belléza y calidád a las de tu antiguo jardín.

—Sí, qué buena idéa, y quisiéra llevár a mis niños, aprenderían múcho allí. ¡Vénga!, tenemos tánto de que háblar, sin ventánas ni árboles de por médio.

* * *

Después de días de inmensa felicidad, la vida de Nára y Haméd en la isla se convirtió en meses de intenso sufrimiento. Su lepra había progresado muy rápidamente. Todos suspiraron aliviados al ver que el enorme dolor de Haméd había acabado. Lo enterraron en su campo.

* * *

Casi por designio divino, días después de una gran tormenta apareció embarrancado en la playa un pequeño velero, con su tripulante, seguramente un pescador del continente, muerto por hambre y sed.

Habiendo sufrido la pérdida de Haméd, los isleños entendieron que ahora había llegado el momento y oportunidad para que ella partiera.

Entre todos repararon la embarcación y los que, en su tiempo habían sido navegantes o pescadores le fueron enseñando a Nára el arte de la vela y cómo sobrevivir en el mar. Viendo ayudar en la obra a mujeres, hombres y niños sin piernas o manos, con las hachas, sierras y otras herramientas atadas a lo que quedaba de sus brazos, fue el único momento en que se vio llorar a Nára.

Cuando la nave estuvo lista para navegar,

esperáron el viénto propício que la llevára al continénte. Llenáron la embarcación de água y víveres. Y, los bolsillos de Nára de dinéro, piédras semipreciósas, rubís, pérlas y esmeráldas.

Se despidió de tódos éellos con un abrázo a cáda úno.

Nára llegó a la ísla, jóven, bélla y póbre. Salió sábia, ríca, envejecída, leprósa, y en estado de buena esperánza.

* * *

Lo que tenía que pasar, pasó

Reláta: Emílio.

Me estaba enamorando de Nára

El regreso de Nára al continente

Reláta: el autor.

El mar y los viéntos le habían sido favorables. Nára había seguido a la perfección todos los consejos e instrucciones que le habían dado sus amigos. El agua y la comida que llevaba la mantuvieron viva hasta que divisó la costa y un puerto.

Al llegar, escondió esa noche todas las perlas, piedras y monedas en un agujero a la entrada del puerto por precaución.

A pesar de ser un pueblo pesquero muy pequeño, pudo cambiarse fácilmente su embarcación, con tanto cariño preparada, por dos camellos, uno para ella y otro para llevar todo lo necesario para un viaje tan largo y peligroso.

Tuvo que añadir algo al pago, lo cual hizo discutiendo y regateando mucho, llorando y explicando que la dejaría sin nada para su travesía. Ella dio al camellero varias de las monedas que tenía, contándolas y recontándolas muchas veces, alegando que no llegaba a lo pedido.

Viendo sus dificultades, el vendedor con una sonrisa aceptó la condición de que fuese ella la que los

seleccionára, pensádo que úna mujér no sabría náda de caméllos. Al finál, Nára se llevó los dos mejóres animáles de la manáda. Él se quedó pensádo, que élla le había engañádo.

En el zóco del pobládo, pagó el equipamiéto, comída y águá con dos preciósos bróches de nácar y pláta, por los que el negociánte le dió sólo la mitád de lo que valían en realidad. A pesár de ésto, éstas jóyas fuéron suficiéntes pára págar por tódo lo necesário y aún le sobraron algúnas monédas de cámbio.

Tal fué su amáble comportamiéto, que el compradór, un póco arrepentído por el beneficióso negócio que había hécho con élla, la invitó a cenár y pasár la nóche con su família. Por la mañána al despedírse, añadiéron a sus alfórjas, deliciósos dólces que le habían preparádo.

* * *

Escogió la rúta del desiérto profúndo, deseába esquivár los camínos de los traficánte de esclávós y ótros maleánte que la recorrían.

Prónto se dió cuénta Nára, que como en el mar, el desiérto profúndo caréce de comída y de águá.

Había escogido la ruta más dura, en cambio, era la más segura.

Puedo aquí, si así lo desean, hacer un esfuerzo de imaginación y explicar las aventuras y dificultades de este viaje. Aunque, será suficiente anotár; la muerte de un camello, la picadura de un alacrán, sus fiebres y pesadillas y lo peor: descubrir que estaba embarazada, no podía morir. Necesitaba continuar, tenía que salvar lo que tanto deseaba.

Al igual que le pasó años atrás cuando la caravana del Sultán fue atacada y sus compañeros fueron muertos o esclavizados, a lo lejos vio una luz en el desierto. Con sus últimas fuerzas se arrastró por las dunas hasta una cabaña.

* * *

Nara despertó. Una niña la estaba mirando, al ver que ella abría los ojos, la pequeña avisó a sus padres; éstos se acercaron. Al instante Nara se incorporó y no pudo evitar mirar a su alrededor buscando sus pertenencias. La mujer le acercó lo que supuso que ella quería, su bolsa del tesoro. Nada faltaba. Le dio tanta vergüenza su desconfianza, que la dejó a la vista sobre la alfombra.

—Me llámo Rashída, ésta es mi hía Mára y mi espóso Omár. Has estádo durmiéndo tres días. Te hémos curádo várias herídas. Has tenído múcha fiébre y siémpre has estádo delirándo. Si la décima páрте de lo que has contádo en tus suéños es ciérto, núnca más me quejaré en mi vída de náda. Quisiéramos que nos lo explicáses tódo, péro por favór, no a trózos, además, ordenádo y sin páusas.

—Podría ser úna história muy lárga, —díjo Nára.

—Aquí, hásta que lléguen las caravánas y después de la puésta del sol, tenémos tódo el tiémpo del mún-do, y las nóches son béllas y cálmas. A nosótros nos encántan las histórias interesántes, lárgas y bién contádas.

—Me llámo Nára, soy úna princésa árabe...

.
. los traficántes de escláv-os me vendiéron...

.
. viví úna maravillósa vída en úna ísla preciósa...

.
... y he despertádo aquí a vuéstro ládo.

—Quisiéramos ayudárte, a pesár de éлло, tódo lo que quíeres hacér en ésa ísla nos parece imposíble y no está en nuéstras mános el poder conseguírlo. Sin

embárgo, déntro de póco vendrá nuéstro más viéjo amígo, el mejór de los camelléros, un verdadéro pádre y un hómbré honrádo. Sus amistádes y contáctos se extiénden por tódo el Sultanáto y tu história lo va a entusiasmar. Sé que él te podrá ayudár. Ahóra tiénes que descansár. En éste sitio te vas a recuperar.

Nára disfrutó del oásis. Ésa ísla en el desiérto le devolvió las ánsias de vivír. Disfrutó de las visitas de las caravánas, de los mejóres dátiles que jamás había probádo y de ésa encantadóra fámilia, en especiál, de la pequeña Mára.

El camelléro llegó, la escuchó y de sus ojos brotaron lágrimas. En tóda su vída de narradór de histórias, núnca había oído úna tan dura, así de bélla y tan bién explicáda. De tánto escuchárla se enamoró de la ísla, y pensó en la cantidad y variedád de animáles que él poseía y que tánto podrían ayudár a los isléños.

* * *

—Nára, —dijo Rashída—, en ésta, tu última nóche en nuéstro oásis, ahóra que Omár no nos escúcha (le da vergüénza cuando lo explíco) quiéro también contárte nuéstra história. La de éste trózo de desiérto del que estámos enamorádos, es úna

narración de la cual estoy orgullosa. Ésto es para nosotros, una isla en el desierto, lo mismo que lo tuyo es un oasis en el mar.

Ésa noche, Nára durmió cerca de la pequeña, soñando con esa bella historia que Rashída le había contado. Antes de irse, obsequió a la niña con la más bella de sus perlas negras.

* * *



La historia de Omár o el valor del agua

Inspirado en un cuento muy antiguo «El agua del paraíso». Su autor es desconocido.

Relata: El autor.

Érase una vez un hombre llamado Omár que vivía en el pequeño oasis de Izmír.

Izmír, es uno de los tantos oasis que se encuentran en la ruta de las caravanas en el camino desde el Este hacia Bagdad. Pequeño, pero de suficiente importancia como para permitir la preparación de la última y más importante etapa antes de entrar en la gran ciudad.

Al ser la última gran parada de las caravanas, permitía dar aviso de su pronta llegada, después de

tángo tiémpo de auséncia de su tiérra y averiguár los précios actuáles de su mercancía en los mercados de Bagdád. Dejár en el oásis los objétos ya innecesários o que podrían recoger a la vuélta y organizár lo que traían pára su vénta.

A pesár de que no éra el más cercáno de los oásis a la capitál, Omár recibía várias caravánas al mes que venían a aseáirse, descansár y preparáirse pára el tan esperádo fin de viáje.

Disculparéis que háya olvidádo decíros que Omár trabajába pára su altéza el Sultán Namír. Permitiréis que póngá la máno derécha sóbre mi corazón cáda vez que mencióne su sángo nómbre, como síngo de caríño y respéto hácia un gobernánte tan querído, amádo y respetádo por tódos sus súbditos a cáusa del amór que siémpre había demostrádo por éellos.

Como decía, el trabájo de Omár consistía en mantenér el oásis preparádo pára las necesidádes de los caméllos y de sus conductóres. Proveérles de águá, sitio pára bañáirse, cobíjo y algúo prodúcto frésco del cual las caravánas no disponían.

Hacía múchos áños, Izmír había sído úno de los oásis más frecuentádos debído a su belléza, sus frútos y la abundáncia y calidad del águá. Por

alguna razón natural el único manantial que existía se fué secando poco a poco. La mayoría de las caravanas dejaron de visitarlo por falta, no sólo de ese líquido, sino por la escasez de palmeras, higueras y otras plantas típicas de los oasis que daban fruta, sombra y frescura durante su estancia.



El oasis en su época de abundancia de agua

No os he explicado que Omár vivía en este oasis con su esposa Rashida y su hijita Mára. Gracias a una sugerencia de ella, había conseguido el trabajo como guardián del oasis, con el compromiso de arreglarlo, canalizar la poca agua existente y cuidar de las caravanas. En compensación Omár recibía de cada persona y camello que venía, un pequeño pago.



Los caméllos o dromedários y sus guías, fuénte de visitas e ingresos del oásis

Sin embárgo, la verdadéra razón por la cual se habían enamorado del lugar, interesándose en hacér de él un verdadéro hogar pára ellos y sus visitánte, éra que tánto Rashída cómo Omár compartían úna gran pasión. Escuchár cuéntos, leyénda e história de tiérras lejána, dónde ellos núnca habían estádo.

Permitídme que os lo explíque.

Cuando llegában las caravána, después del revuélo creádo y a continuació de los interminábles salúdos, se procedía a dar de bebér y de comér a los caméllos. Luégo, a la limpiéza total del própio cuérpo, y a la hóra sagráda, las oraciónes. Al oscurecér, la céna y el té a la ménta frésca que Rashída plantába y regába pára ése moménto.

Después del primér sórbo de té y tras las amábles fráses sóbre la buéna calidád de la ménta, el jéfe de la caravána comenzába a contár en detálle las anécdotas del viáje. Únas véces éran pequéñas histórias o leyéndas escuchádas, ótras, los sucesos y percánces ocurridos duránte el recorrido, o la descripción de los sítios visitados. Péro sin excepción narrádos con múcho caríño.

Después de introducír la história, el jéfe de los camelléros mediánte un géstó, pasába la palabrá al miémbro de la caravána que mejór sabía contárlas, o al que tenía úna mayór relación con lo narrádo. Y siémpre acontecía que, duránte la mejór aventura de la rúta, la más originál o la de mayór pelígro, habían conseguido ése objéto tan especiál, que tánto estában buscándo pára llevárló a sus amigos del oásis de Izmír: Rashída, Omár y Mára.

La pequéña Mára, en brázos de Rashída éra la que siémpre saltába a recoger el regalo ánte el gózo de los viajántes. Por costúmbre, el que entregába a Mára el presénte éra el más viéjo de los camelléros, escondiéndolo un ráto pára prolongár más ése bello moménto.

* * *

Formában úna família feliz. Tódos los miémbros de las tréinta o cuarénta caravánas que con regularidad pasában por el oásis sabían de la pasión que los tres tenían por las histórias. Ya éra cási obligádo, cuando se encontrában várias caravánas en rúta en distántes púntos del mundo preguntárse... ¿ya tenéis la história pára Rashída y Omár? O, ¿qué leyénda podemos contárles sóbre éste bordádo de séda que hémos comprádo en Samarcánda, Catáy o Cipángo?

Los relátos siémpre incluían mágia y mistério. «Las mil y úna nóches» de viájes acumuládas, permitían pulír y perfeccionár el reláto de tal manera que sus amigos del oásis siémpre escuchában la história várias véces preparáda, repasáda y pulída. Con las páusas adecuádas y la entonación exácta.

Rashída y Omár en compensación se habían ganádo el aprécio sincéro de los comerciántes, por el treméndo caríño que a su vez los tres les demostrában, por el delicádo cuidádo y atenciones que les dedicában durante su estancia en el oásis y por el esfuerço que hacían durante las auséncias, pára preparárles el águá, los frútos sécos, el pan, el té y el cobíjo. Cuando éra posíble, también les ofrecían cárne, léche y quéso de cábra.

Con ésta mézcla de estímá y simpatía por ámbas pártés, ésa priméra nóche en el oásis éra por tódos muy esperáda y núnca fuéron defraudádos.

Después del regálo y la história, el finál de la veláda llegába. Con las sómbras adueñándose del oásis y el fuégo como fóco de atención, Rashída bailába a su alrededór úna dánza córtá, sencílla péro bién preparáda. Cuando élla desaparecía éntre los apláusos y rísas, sóbre la aréna se íban desplegádo las mántas, el fuégo se íba apagádo y el encánto de ésa nóche quedába grabádo en el álma.



Las apacibles nóches en las háimas



Las palméras y sus dátiles, susténto en el desiérto

* * *

Sin embárgo, Rashída y Omár observában con tristéza que mes a mes, año tras año, el oásis éra cáda vez más tiérra, la tiérra éra más aréna y la aréna más séca. No había suficién-te águ-a pára que las palméras y ótros arbústos creáran úna barréra frén-te al desiérto que permitiése dar frútos. Los dátiles, hígos y alméndros, éran cáda vez más escásos y la hiérba cási imposíble de encontrár. La ménta frésca que Rashída cuidába, requería gran cantidad de águ-a. Las cábras, abundántes en ótros tiémpos que proveían léche y cárne, éran cósa del pasádo.

* * *

Ésta histó-ria no tendría más interés y no os la habría comenzádo a contár, si no fuése por lo que ocurrió a

partír de éste momento y ha sido la base de que éste relato fuése muchas veces narrado.



* * *

Un día, como de costumbre, Omár estaba trabajando en el oasis. Al mover unas piedras notó que debajo de ellas la arena estaba húmeda. Se aseguró primero de que no se hubiese derramado algún líquido en ese sitio y al ver que no, comenzó a escarbár. Comprobó poco a poco, y sin lugar a dudas, que había más humedad de lo normal en ese apartado sitio del oasis.

Con la ayuda de Rashida, un par de ancianos y un hombre herido que esperaban la próxima caravana para salir del oasis, lograron extraer la primera gota

de água. Durante días siguiéron la véta del líquido, viéndo qué dirección tomába la aréna más húmeda.



Árdua labór al comiénzo, péro cuando lograron conseguir un pequeñísimo flújo, la misma água les abría el camíno. Água por aquí, gótas por allá. Días y nóches pasáron observándo, limpiándo, encauzándo el líquido, hásta que ya, sin lugar a dudas pudiéron ver que se hallában ánte un manantiál, úna fuénte acuífera que manába de las piédras. El água corría, desaparecía, volvía a salir, avanzába y seguía el recorrido que le preparában.

¿Habrá bastante caudál pára alcanzár el estánque?

¿Conseguirá suficiente nivel para que pueda salvar ese montículo?

¿Se secará con el sol de mediodía?

¿Dispondrá de suficiente agua la fuente, para no agotarse durante el verano?

Los días que tardó esa pequeña corriente en llegar a su destino fueron mágicos. Cada paso adelantado, cada tramo de acequia añadida, era un logro que se celebraba.

¡Ah! Cuán difícil es que el agua dé un paso adelante, cuando hay millones de granos de arena sedientos que, para dejarla pasar, le cobran una parte.

La primera gota que debía llegar al estanque fue esperada con un silencio absoluto. El último tramo fue interminable. Mára, para ayudar al agua a hacer más rápido el camino, con su dedo lo humedecía.

—¡Mára, no hagas trampas!, —le decía Omár sonriendo—, el agua habrá llegado allí, cuando la primera gota caiga.

El sonido que hizo al caer en el depósito sonó como una cascada. Toda el agua que hasta ese momento habían probado no contaba. Era la que aumentaba las reservas del oasis la que valía. Los ancianos al saborearla, dijeron que era el agua más fresca y cristalina que jamás habían probado.

Mara puso su dedo en la boca con las primeras gotas. Rashida llenó un cuenco y regó con ella sus plantas.

Omár se reía y su esposa era feliz, muy feliz.

* * *

Pasaron los días, Rashida le recordó a Omár que trabajaban para el Sultán Namír... Su Señor. Y que era su obligación informarle de cualquier cambio importante.

*Permitídmme una vez más al mencionár su santo
nómbre, que póngala máno derécha sóbre mi
corazón en señal de cariño y respéto.*

—Tienes razón amada mía, debo ir a presentarme ante él, llevarle un poco de esta agua para que sepa que, en éste, su oasis de Izmír, vuelve a haber suficiente agua. Que puede enviár, si lo desea, más caravanas, mensajeros reales o pequeñas patrullas,

sabiendo que serán bien atendidos y mejor acomodados. Y si Alá lo admite, el año próximo habrá más cábras.

Durante los días siguientes, preparó con cuidado su viaje. La mañana de su partida cogió agua recién salida del manantial y llenó con ella una preciosa botella de vidrio, regalo muy apreciado, traído desde el lejano Egipto por una caravana.

Omár nunca había visto una gran ciudad, aunque, después de tantos relatos y explicaciones se sabía de memoria los caminos a tomar.

La mirada de las vistas de la ciudad en la distancia fue breve. Omár quería llegar rápido para hablar con su amo el Sultán...



Murállas extérnas

Al atardecer, alcanzó la puerta de la primera murálla, la cual pudo atravesár con facilidad porque éra la usada por los comerciantes, agricultóres y géntes del púeblo.

Al llegar a la segunda, los guárdias lo detuvieron, pero debido a su larga explicación, simpatía y vehemencia, lo dejaron pasar con una sonrisa.

Frente a la tercera y en la puerta de palacio, se topó con dos enormes centinelas los cuáles le impidieron el paso y ni se molestaron en contestar.



Omár al ver que no podía pasár, decidió permanecer júnto a la puérta duránte tóda la nóche. Explicó úna y ótra vez a los inmutábles vigilántes, la importancia de su misión y la necesidad de hablár con su ámo el Sultán. A cáda cámbio de guárdia las mismas explicaciónes a los nuévos vigilántes. Así continuó, hásta los priméros albóres de la mañana.

Tántas véces repitió Omár su história y con tanta veheméncia, que: ¡oh casualidad! El Gran Visír pasó cerca de la murálla y el jéfe de guárdia que había escuchádo désde el interiór repetídas véces la explicación se la contó.

Aqué!, a su vez prestó atención y dándose cuenta del interés del reláto, ordenó que hiciésen pasár a Omár déntro de palácio. Mandó que lo mantuviésen incomunicádo hásta que él diése nuéva órden.

Cuando el sol comenzába a borrar las sómbra sobre las murállas, el Gran Visír se presentó como de costúmbre en la sala de audiéncias donde, dos véces al día, su Majestád escuchába a sus súbditos e impartía justícia.

El Visír, hómbr influyénte que gozába de la amistád y confiánza del Gran Sultán, le comentó que

deseába que escuchára a un súbdito con una curiosa historia.

Una vez fueron abordados y resueltos los temas pendientes de ese día, el Gran Visir ordenó que Omár se acercara a la sala de audiencias.

Pocas personas quedaban ya en el recinto al ser las últimas horas de la mañana. Después de una indicación del Visir, Omár, más pálido que la luna llena, explicó con pasión lo que a Bagdad le había traído.

Habló del agua y del agua. De su oasis, de su labor cotidiana, de la nueva fuente, de su familia, de los camellos y las caravanas, de los cuentos, del té y de las largas veladas.

Empleó para explicarlo el mismo sistema que usaban los camelleros. Extrayendo la historia de las profundidades del alma.

Al prolongarse la explicación de Omár más de los escasos minutos que una audiencia suele otorgar, algunos de los presentes se acercaron para interesarse por lo que esta persona, a todas luces de estamento muy humilde contaba.

Al ver la sonrisa del Visír, siémpre al ládo del Sultán, hásta los sirviéntes buscáron úna excúsa pára acercárse a escuchár lo que allí se explicába.

El silencio y la atención inusuál que el Sultán prestába a la história hiciéron que el habituál murmúllo de comentários, consúltas, pásos, tóses... cesára. Hásta las móscas dejáron de volár pára observár lo que allí pasába.

Cuando Omár terminó, con la mirada bája, se acercó a los piés del Príncipe de los Creyéntes y dejó allí la botélla que con tánto caríño guardába.

El Sultán la miró y le preguntó.

—¿Qué habéis vísto de nuéstra ciudad?

—Náda Majestád, es la priméra vez que visíto úna tan gránde. Llegué anóche a la puésta del sol y he permanecído al pié de vuéstra murálla hásta que me ha sído permitída la entráda.

—¿Habéis comído o bebído algo?

—Sólo lo que he traído del oásis.

—¡Guárdias! Lleváos a éste hombre dónde no pueda ver náda, ni hablar con nádie. Dádle de comér lo que quiera. De bebér: léche, júgo de frútas, péro ni úna sóla góta de águá. Lo volveréis a traér aquí a la puésta del sol y, sóbre tódo, no crucéis con él ni úna sóla palábra.

¡El barúllo fué monumentál! Cuando el Sultán abandonó la sála, los comentários fuéron de sorpréa y enfádo total. ¿Cómo éra posible que el Gran Sultán tratáse así a un súbdito tan leál? ¿Por qué lo encerrába en vez de agradecerle sus esfuérzos? La mínima cortesía indicába que se le debería ofrecér águá y posáda. Los preséntes comenzáron a abandonár con rapidéz la sála, y se fuéron deteniéndo a contárles lo sucedído a tódos los que encontrában a su páso.

La notícia corrió por la ciudád como el fuégo en un cámpo de tríguo séco.

Las críticas éran notábles, por el caríño que se esperába de su Sultán a cualquier súbdito, por la sencilléz del encargádo del oásis y por la belléza y encánto de la história explicáda.

Los guárdias, que tántas véces habían escuchádo la história, al repetírla, se convirtiéron en los héroes de la jórnaða.

* * *

A la hóra de la audiéncia vespertína, úna gran multitud entró en la sala. Los soldádos que llegaron moméntos más tárde, formáron úna barrera alrededor del Sultán por si fuése necesáριο.

Las hóras fuéron pasándo. Jéques y embajadóres presentáron sus respétos, misiones diplomáticas fuéron despachádas. Péro de Omár, ni las móscas, ahóra muy aténtas, sabían náða.

Murmúllos lejános que se íban aproximándo demostrában que la persóna por la cual tódos estában allí, al fin había sído llamáda.

Úna vez más, en preséncia del Gran Sultán, Omár se arrodilló esperándo su suérte.

El silencio, fué totál.

—Si te pidiése que relatáses úna história, cómo la que contáis en el oásis sóbre ésta ciudád, ¿qué me dirías?

—Gran Señor, poco podría contáros de una ciudad que no he visitado, a menos que me pidáis que la invente.

—¿Cuál es el agua más fresca que jamás hayas probado?

—La del oasis de Izmír, mi Señor, sin lugar a dudas.

—Cuando vuelvas a tu casa, ¿qué historia alegre contarás a tu esposa y a tu hija?

Omár bajó la vista y no respondió.

—Si te ordenase que volviéses al oasis a continuar con tu labor, ¿qué pedirías?

—Sólo vuestro permiso.

—Te ordeno pues que vuelvas al instante a Izmír. Una patrulla te acompañará durante un día. No te detengas ni vuelvas atrás, ni hables con nadie. Y prepára como siempre el oasis hasta que recibas mis órdenes.

Silencio.

Cuando Omár salió de la sala, el Sultán, como cuando anunciaba grandes acontecimientos exclamó.

¡Gran Visír! Ordéna a tu guárdia que acompañe a Omár por el mismo camino por el que llegó hasta aquí. Que sea esta misma noche. Que la luz del día le encuentre lejos de nuestra ciudad.

Píde a los soldados que bajo ningún concepto dejen a mi súbdito desviarse de esa ruta. Que no le hablen ni le permitan detenerse hasta que se encuentre lejos de Bagdad, que no vea ni oiga ni sospeche que aquí en nuestra ciudad tenemos la mejor agua.

No quiero que sepa que cada una de nuestras fuentes llenaría diez veces su oasis. Si es bien cierta la fama, belleza y calidad de nuestros ríos, embalses, aljibes y acéquias, no tienen comparación con el amor de mi súbdito hacia su tesoro, el agua del desierto. No quiero que una persona que tanto ama lo que tiene, piense que no aprécio lo que me ha traído. Para mí, tiene más valor su botella que mil tinajas y cien fuentes.

Por ello, deseo que piense lo que es cierto, que en Izmír todos tenemos un tesoro: el agua.

***Que yo téngo un fiél guardián, las caravánas a
un amígo y su gésto me ha llegádo al álma.***

La génte abandonó la sála éntre alégre y apenáda... Omár no había vísto el água de Bagdád ni tomádo el baño en la mañána ni escuchádo sus cascádas ni le habían contádo alguna história pára llevár a su amáda...

Péro tampóco había sído humilládo por su botélla de água.

* * *

Van llegádo los méses de torménta. Las caravánas en ésta época no viénen. A pesár de éлло, Rashída y Omár tiénen más trabájo que núnca. La aréna sepúlta água y árboles, el viénto rómpe rámas y bórra los camínos. Los dos tiénen múcho que hacér.

Un día, sin esperárla, lléga la priméra caravána de la temporáda. La de un buén y viéjo amígo camelléro, que por priméra vez viéne acompañáda de soldádos.

Viéndo la indumentária y póрте del séquito, débe ser úna misión de gran importáncia. Según paréce se dirígen al lejáno Omán.

Ellos ya tienen el oasis listo. Los dos saben cuán importante es, esta primera visita. De ella depende que la misma caravana a su vuelta retorne a Izmir y que durante su trayecto, cuando se encuentre con otras que ya están de retorno, los animen a visitar su oasis. Ahora con mayor razón, ya que tendrán más agua. Los dos ya disfrutaban sólo de pensar la de veces que contarán el descubrimiento del manantial a las próximas que lleguen.

* * *

Todo ocurría como de costumbre. Primero el cuidado de los animales, luego la limpieza corporal y después las santas oraciones.

Sin embargo, Rashida como mujer notaba cierta discreción y «evasivas» cuando trataba de hablar con los diferentes miembros de la caravana. Suponía que era a causa de la presencia de soldados y de un misterioso personaje que se había hecho poco visible.

Esa noche, después de la cena, bajo las palmeras y alrededor del fuego, cuando comenzó a hablar el jefe de la caravana, la indiferencia mostrada durante todo el día se convirtió en júbilo.

—Háce unas semanas, en nuestro pequeño pueblo cerca de Bagdad, habíamos comenzado a preparar como siempre, todo lo necesario para este viaje. Animales, enseres, mercancías con que comerciar y, comida, agua y cobijos. Trabajo árduo, que nos impidió durante varias jornadas estar al tanto de lo que ocurría en la ciudad.

Cuando iniciado nuestro viaje pasamos por delante de las murallas exteriores, los guardias nos preguntaron ¿hacia donde nos dirigíamos y por qué camino?

Se lo indicamos y nos pidieron que antes de continuar nuestra ruta, el Gran Visir deseaba hablar con el responsable de la caravana.

La inmensa preocupación que experimenté por el problema en que podía estar metido, me fue reducida, cuando el jefe de guardia me explicó que era cosa de dos horas. Si lo deseaba, podía ordenar que los demás continuasen para no perder camino.

Ordené a mis hombres proseguir y me presenté ante el Gran Visir.

—Desearía pedirte, —explicó—, sabiendo que te diriges hacia el oasis de Izmír, que permítas que

una patrulla de soldados os acompañe. Deben llevar allí a una persona importante, veinte camellos con carga, unos presentes y un mensaje.

Accedí con alivio. Pensar que tendría soldados acompañándome una parte del camino me tranquilizaba. Tras esperar sólo unas cuantas horas, iniciamos el recorrido hasta aquí.

Explicado esto, el jefe de la caravana se acercó al que debía ser, por su porte, un gran personaje y recibió de él con gran ceremonia un documento.

—Omár, después de una semana de viaje —dijo el camellero—, cumplo lo que me ha sido encargado, al entregáros este mensaje, ocho cabras y dos pequeños cabritos, que nos ha sido difícil esconder durante toda la tarde.

Omár, con Rashida a su lado, aceptó temblando el pergamino lacrado, que su amigo el jefe de la caravana le entregaba.

Éste no se movió de su lado hasta que Omár rompió el sello.

Al ver la primera d da de su amigo y sabiendo su esc sa capacidad para leer, dobl ndola la rodilla tom  el pergamino y a su lado ley .

A mi súbdito y fiel sirviente Om r:

Yo, Nam r, amo y señor del oasis de Izm r.

Des o canalizar las águas del oasis para que, en el plazo de un año, si hay suficiente água, sea parada importante de todas las caravanas que desde el Este se acerquen a Bagdad.

Pido que se preste la mayor ayuda a T riq, mi fiel constructor de palacio, para que comience el estudio y ejecución de dicha obra, a la cual según mis órdenes deberá dar la máxima importancia.

Ord no a Om r, mi súbdito, que al final de la obra venga a Bagdad con su esposa e hija, como mi invitado a palacio a inform rme y cont rme, en la primera noche de su estancia, todo sobre el água, la comida y las caravanas. Yo, con mucho placer, le mostrar  nuestros baños, fuentes y cascadas.

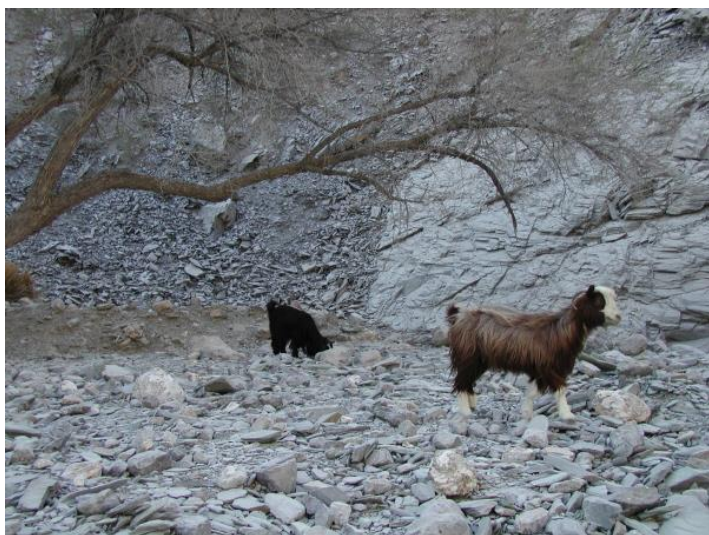
Envío, además, várias cábras como muéstra de la confiánza que téngo de que habrá suficién-te hiérba y água pára alimentárlas. La más pequéña de las cabrítas, la négra, es pára Mára.

Mára intentó levantárse, péro fué sujetáda con caríño por su mádre, ánte las carcajádas de tódos los presén-tes.

Por último, devuélvo al oásis la botélla que se me entregó con la mayór riquéza del desiérto, el água. Ahóra lléna con el mayór de los tesóros de palácio, el perfúme de azahár, pára que la priméra nóche de la llegáda de cáda caravána, se ábra, y deléite a los que durán-te tánto tiém-po han estádo ausén-tes de nuéstra pátria.

Pído a los diferén-tes jéfes que váyan llegán-do al oásis que, como ya es habituál, explíquen úna histó-ria, como párt-e de la priméra veláda.

Yo, Namír.



Las cábras, regalo del Sultán

El jefe de la caravana sacó de una bolsa la botella que Omár había llevado a Bagdad. La abrió un instante cerca del fuego y cuando vio que Rashida al recibir el aroma se cubría los ojos para sentir con más intensidad el perfume, volvió a su sitio en el círculo y como tantas otras veces había hecho, tomó un sorbo de té y comenzó a hablar.

—Quiero esta noche explicar la extraordinaria historia de una botella de agua que se convirtió en perfume de azahar y de los diversos incidentes que ocurrieron durante ese tiempo para que tal prodigio aconteciese.

Érase una vez un hombre llamado Omár que vivía con su esposa Rashída y su hijita Mára en el pequeño oasis de Izmír...

** * **

El camelléro, Azhár y Daúd

Reláta: el autor.

Cuando Nára se húbo recuperádo de sus fiébres y picadúras, el camelléro se la llevó a Bagdád. Nára pensó que lo dícho por Rashída éra verdád, éste hómbré éra el más honrádo de los mortáles. Sabiéndo el tesóro que tenía, púdo habér-la matádo y robádo. Péro no lo hizo.

Al llegar, le presentó a Daúd el mejór de los médicos, pára ver si podía ayudár a los de la isla, él éra el que más sabía sóbre la lépra. Éste, por desgrácia, tardó muy póco en dárse cuenta que Nára la había contraído.

Miéntas el médico y su espósa la cuidában y curában, élla tratába de seducírlos. Durante las lárgas y dolorósas sesiones a las que la sometían, les hablába de las delicias de buscár pérlas y extraér cristáles de cuárzo en su isla. Durante los baños de bárro caliénte, les contába el encanto de educár a «sus niños». Cáda sangría la dulcificába con los relátos maravillósos que le habían explicádo los islénos de cuando todavía no éran leprósos, y algúnos, estándo ya enférmos en la isla.

Les contó la historia del Transmisor de Mensajes y la de Omár y su agua del desierto. Y muy triste, los más entrañables momentos de su vida en compañía de Haméd, y sus largos paseos por la playa antes de su muerte. Finalmente, Nára se curó de la lepra, pero pagó el alto precio de perder a su hijo, el que tanto había deseado.

* * *

Azhár, la maestra y su esposo Daúd el médico, le explicaron que iban a realizar el viaje que toda su vida habían deseado: ir a Europa para aprender de su medicina y sus modernos sistemas de educación.

No irían a la isla, no porque allí residiera la lepra que ellos tan bien conocían, ya habían tratado a muchos leprosos y sabían cómo hacerlo. Además, se comenzaba a rumorear entre los que se dedicaban a la medicina, que en realidad esta enfermedad no era tan contagiosa, pero, como se mostraba tan visiblemente, parecía que sí. La verdadera razón para no ir era que, toda su vida, habían deseado hacer ese viaje a Europa. Tal vez, cuando volvieran, estarían más preparados para ayudar a los leprosos y educar a los niños.

Como último intento para retenerlos, Nára les mostró todas sus pertenencias. Las perlas, piedras,

dinero, alhajas y joyas... les dijo que se lo quedáran, que con ése pequeño tesoro y lo que los leprosos pudiésen luego aportar, sería suficiente para crear un modesto hospital y una escuela. Y proporcionárlen a ellos dos un sueldo por su dedicación.

Para los leprosos, reducir su dependencia de los traficantes ya sería suficiente para mejorar su vida. Además, el llevarles medicinas, enseñárlen a alimentarse bien e implementar mejoras sanitarias (a pesar que casi nunca podría curarlos totalmente) como mínimo, se podría paliar sus sufrimientos y hacer que se sintiesen menos solos y aislados.

Les insinuó que, como médico y profesora, podrían aprender y practicar toda la ciencia o técnica que existía o que ellos conociesen para ayudar a unos seres humanos tan desamparados.

Les dijo que todo lo que los isleños le habían dado, lo tendría guardado el camellero para que dispusiesen de ello en beneficio de los leprosos.

A pesar de tanto esfuerzo por parte de Nára, Daúd y Azhár partiéron.

* * *

El médico y la profesóra

Reláta: el autór.

Azhár y Daúd no dispusiéron de múcho tiémpo pára reflexionár sóbre su decisión de no ir a la ísla. Los preparatívos del tan ansiádo viáje les habían mantenído demasiádo ocupádos.

Cuando ya cabalgában a lómo de sus caméllos, y tódas las preocupaciones habían quedádo atrás, por delante sólo estába el lárgo camíno hásta llegar a Európa. Fué en ése momento cuando lo que habían dejádo a sus espáldas, volvió a cobrar importáncia.

Habían rechazádo la invitación de úna mujér admiráble, que les había ofrecído úna oportunidad de desarrollár su profesión de úna manera muy diferente a como lo habían hécho hásta ése momento. Ésto hacía que la perspectiva de ir a Európa, su suéño dorádo, a cáda etapa fuése perdiéndo interés, ahóra parecía úna empresa fálda de atractivo.

La priméra manera de luchár cónta ésa mála conciéncia, fué culpár a Nára de haberles estropeádo su tan anheládo viáje, proponiéndoles úna idéa tan caritativa, que les creába un doloroso dilema morál. Si hubiése sido úna oferta comercial o

económica en beneficio de élla, les hubiése sido muy fácil rehusarla sin ningún remordimiento.

No éra éste el caso. Nára les había ofrecido todo lo que poseía para que ayudaran, no a élla, sino a otras personas con unas necesidades dolorosas.

En su descargo, había que reconocerlo, Nára les había pedido demasiado, ir a un lugar lleno de leprosos, permanecer allí y trabajar en condiciones muy difíciles, poniendo en peligro sus propias vidas.

Sin embargo, lo más crucial que élla les había suplicado era su permanencia en la isla. Así, ellos serían los primeros «trabajadores» que voluntariamente fuesen allí sin ser leprosos, sólo con el ánimo de ayudar. Éste sublime acto, la ayuda médica y la enseñanza, sería un gesto moral hacia los enfermos y un toque de atención al resto de la población del continente cuando se enterasen de ésta meritoria y valerosa acción.

A cambio, les había ofrecido un nuevo y extraño mundo, un oasis en el mar (como élla lo llamaba) donde, para fertilizarlo, sólo se requería un poco de amor.

Los oficios que ellos dos dominaban iban como anillo al dedo a las necesidades de la isla. Pero lo habían rechazado.

* * *

Muchos días de travesía por el desierto propiciaban la oportunidad de hablar y, con tranquilidad, examinar la parte positiva del ofrecimiento de ir a la isla, que ellos habían aplazado para cuando volvieran de Europa. Azhár y Daúd, se autojustificaban pensando que entonces estarían mucho mejor preparados y en la isla podrían aplicar sin límites sus conocimientos.

Ella implementaría las ideas que tenía para mejorar la enseñanza que tan difícil le había resultado implantar en su ciudad regida por religiosos. El reto de enseñar a los niños, cómo sobrevivir en una isla tan limitada de recursos era enorme. Tal vez, hasta podría sacarlos de ella al no ser leprosos. Pero antes, preparándolos para el rechazo con el que se encontrarían al llegar al continente.

¿Cómo compaginar la educación de los pequeños con adultos enfermos? ¿Cómo tratar a los niños sin padres y cómo educar a los padres sin brazos? Nara ya les había explicado algunas de las dificultades que tuvo.

Azhár no dejába de pensár en éлло. Sin embárgo, los caméllos seguían el camíno hácia el puérto, hácia Európa.

* * *

Daúd lo tendría muy complicádo. Pára él, su máximo anhélo sería, ver morir a los leprósos con menór padecimiénto. A diferéncia de su espósa que trabajaría con niños, la mayoría no enférmos y con posíble futúro.

Sabía que a pócos podría curár, péro sí mostrárles las ventájas de úna buena higiéne, corrécta alimentación, escáso contácto físico en generál y, en su cáso, buenas prácticas sexuáles, que reducirían la posibilidad de contágio éntre los leprósos y la juventúd no contamináda. Y tal vez, hásta lográr reducir el nivél de sufrimiénto físico y morál de la enfermedád. Si pudiése atendér y medicár corréctamente y, además, atraér génte del exterior pára ayudár en el cuidádo de los enférmos tódo, resultaría más fácil.

Su deséo más ardiénte éra poder probár de manéra irrefutáble que con éstas mejóras los leprósos serían ménos contagiósos y él, de ésto estába segúro. Así, podría conseguír que a algúnos se les permitiése

salír de la isla y demostrár que, a pesar de que la repulsión sería difícil de evitár, náda justificába continuár maltratándolos.

Si lográban algún resultádo positivo en «la isla de la vergüenza» (así llamáda cuando álguien se dignába hablár de élla) podrían conseguír del Sultán alguna ayúda éxtra necesária pára la isla, ya que él se había interesádo en mejorár el nivél sanitáριο y educativo del país. Tal vez úna pequeña mezquíta y un cuérpo de seguridad pára los cáso más extrémós de violéncia, éso iguálmente ayudaría.

También, un pequeño puérto désde el que se pudiése comerciár, adaptándolo al ásko que producía la isla. Ésto se lograría, separádo a los que venían a descargár o cargár de la poblaciôn isléña. Servícios veterinários pára los animáles de la isla. Medicínas o drógas paliatívas pára los cáso termináles o más dolorósos. Y, si no fuése demasiádo pedír, materiáles pára úna pequeña escuela, inclúso un pequeño hospítal. Tódo ésto, mejoraría la vída en la isla.

Si éllós dos, médico y profesóra, ya bastante conocídos, permanecían allí áños, podría ser la pruéba indiscutíble de tódo éllo. Que los niños, viviéndo tánto tiémpo en la isla cási no se

contagiásen, éra úna muestra concluyente de éello. Úna buena pága al que estába dudádo en venir a trabajar a la isla sería un gran aliciente.

Un largo trayecto en camello da para reflexionar mucho sobre el futuro. Sin embargo, la brújula seguía indicando el Norte

* * *

Un día, hallándose cercanos al puerto donde el barco los debía llevar a Europa, y deseando saber el mejor camino a tomar, preguntaron a un caminante que por allí pasaba.

—Buén hombre, de éstas dos señales que indican el camino al muelle, ¿cuál es la mejor a seguir?

—Ninguna de las dos. El mejor puerto para vosotros está a vuestras espaldas, muy lejos de aquí.

Ácto seguido, el hombre desapareció sin dejar huéllas sobre la arena del desierto.

* * *

El camellero, al verlos volver sonrió. Ordenó preparar cena para tres. Pensó que tendrían mucho de qué hablar para planear y preparar su viaje a la isla. Mientrás los esperaba, se dedicó a seleccionár

mentalmente los mejores animales para dárselos. Tal como había prometido a Nára.

* * *

Azhár y Daúd en la isla

Reláta: el autór.

Ver llegar una embarcación diferente a la habitual, despertó en la isla un increíble interés. No parecía un navío de comerciantes o traficantes. Ésta se acercaba y casi embarrancaba a propósito en la playa.

Tampoco podía ser un barco de pescadores o de navegantes que transportasen frutas o especias y que a veces se acercaban para poder ver a los que estaban en la playa, pero que nunca llegaban a tocar tierra.

Pensaron que sería un barco extranjero que había perdido el rumbo. Que no sabían en dónde se había metido, o bien, habían decidido repararlo, comprar alimentos o buscar información.

Al ver que ponían pie a tierra una mujer y un hombre, acompañados de cuatro jóvenes, que permanecieron en el barco, se confirmó, por su saludable aspecto, lo que ellos habían descartado, que se tratase de leprosos confinados en la isla.

Su sorpresa y alegría llegaron al máximo, cuando la mujer, sin mostrar miedo, les dijo que venían de

párte de Nára a trabajár en la isla. Élla, como profesóra y él, como médico. Que habían traído en el bárco muchos objéto pára hacérles la vída más llevadéra. Añadió, que tódo éllo fué adquirído, con el tesóro que le habían dádo a Nára. Portában, además, un naránjo pára plantár cerca de la tumba de Haméd.

Élla, no los había olvidádo y éellos tampóco.

* * *

A pesar de éste buén comiénzo, los inícios de la paréja no fuéron fáciles. Después de úna unánime aceptación al ser enviádos por Nára y que trajésen cási tódo lo necesárido, no fué suficiénste pára evitár que todavía hubiése algúna reticénzia. El probléma fué que, duránte algún tiémpo tuviéron que hacér frénste al «efécto Nára». Tódo se comparába (en voz ála o tácitamente) con lo que Nára había hécho o cómo se había comportádo.

Aun así, póco a póco se fuéron adaptándo, integrándose y siéndo aceptádos por la comunidad.

El bárco que habían comprádo, contenía, además: séis vácas, un tóro, várias cábras, ovéjas y cordéros, muchos árboles frutáles y cantidad de semíllas. Divérsas télas y utensílios pára las casas.

Y hásta palómas mensajéras, pués querían seguir en contácto con el camelléro.

Los isléños, sabían que lo que habían entregádo a Nára éra de bastánte valór. Sin embárgo, por múcho que lo hubiésen vendído a buén précio y comprádo tódo lo traído a un précio todavía mejór, lo recibído superába en múcho lo dádo a Nára.

¡Ah, si éellos supiéran!, lo que apórta el dinéro prevísto pára un viáje de vários años a Európa. Y, mirándo la calidád de los animáles recibídos, se veía que, sólo un camelléro los podía habér escogído tan bién.

A ésto hay que añadir que la tripulación (los cuátro jóvenes, que se mantuviéron a bórdó) estába dispuésta a regresár con más prodúctos, sin tenér que recurrír a los mercadéres pára abastecér las necesidádes de la ísla. Éstas mejóras creáron un ambién-te de libertád y progrésó económico como núnca se había experimentádo.

Lamentáblemente, éste viáje sólo se repitió dos véces más. En el tercéro, fuéron atacádos a su regrésó por únos pirátas cuando en realidád no había múcho que robár. Degolláron a los cuátro tripulántes y hundiéron el bárco. No hízo fálta

confirmár quién había encargádo ése ácto, pórque pócós días después del hundimiénto apareció úna embarcación por si deseában reiniciár las relaciones comerciáles que, «por desgrácia», fuéron interrumpídas duránte algùn tiémpo.

A los mercadéres la salvajáda les salió muy cára. El camelléro, informádo por Azhár y Daúd a través de las palómas mensajéras, fué a contárselo al Sultán, éste, no podía permitir que úna crueldád así, se realizára impúnemente en su territorio. El comércio éntre la ísla y el continénte se reanudó, con los «pirátas» en la cárcel.

La vída en la ísla progresába. Azhár, sin grándes conocimiéntos de agricultúra, péro con la ayúda de los discípulos de Haméd aprendió prónto y lograron los productos fréscos tan necesários pára la buena salud. El tráfico regulár de un bárcó éntre la ísla y el continénte proporcionába los productos que éellos necesitában, o séa los que no podían manufacturár o cultivár. La ayúda de las pérlas y piédras éra todavía necesária pára equilibrár las cuéntas. Cáda pérla, sin el sobrecóste añadído por los mercadéres dába pára múcho más.

La situación de los leprósos había mejorádo, algúnos en la fáse inicial de la enfermedád se

habían curádo. Daúd comentába que, en algúnos cásos, los que sanában éra pórque su enfermedád no éra la lépra. Múchos, lo que padecían éra sífilis y habían venído o sído enviádos a la ísla equivocádamente.

Por éllo Daúd, dedicába páрте de su labór en lográ diagnosticár la enfermedád corréctamete. Ése errór al determinár la doléncia éra inhumáno y múchas véces mortál.

Medicínas, buena higiéne, alimentación más saludáble y lo accesório: úna mejor vestiméнта, algúnos trúcos estéticos pára ocultár o disimulár la enfermedád ayudáron muchísimo.

* * *

Tódo cambió inesperádamete cuando un día apareció un bárco con ún grúpo de persónas que se presentáron en la ísla pára visitárla y conocérlos. Sí, con los permísos pertinéntes del Sultán y grácias a la labór de Daúd probándo que la enfermedád ya no éra percibída como muy contagiósa. Venían a pasár un día, ver lo que hacían los enférmos, su agricultúra, ganadería, la búsqueda de pérlas y la enseñánza. También, a escuchár las histórias de su vída en un sítio tan difícil. Las palómas mensajéras estában prestándo un gran servício.

Éstos visitánte estában relacionádos con la medicina. Por éello, ya estában preparádos, y sorteáron bién las situaciones más delicádas.

Debído al éxito e interés que ésta visita generó en el continente, ótros se presentában en la isla. Éstos últimos, ménos preparádos, provocában situaciones muy dispáres. Désde los que ya no descendían del bárco al ver lo que había en la pláya, a los que se desmayában al topárse con los peóres cásos de lépra en tiérra y los que lográban pasár bién la experiéncia.

Al írse, solían dejár algún dinéro y divérsos objéto pára la comunidad. No tódos necesários o apropiádos, sin embárgo se agradecía la intención.

* * *

Al llegar, úno de éstos grúpos preguntó por el «Ermitáño lepróso», que vivía úna vída plena y de santa meditación en lo más profúndo de la isla. Se les explicó que no éra ciérto. Había vários habitánte dispérsos por la isla, y se mantenía contácto con tódos éellos. Regulármente se acercában al púéblo y nádie vivía en el céntro de la isla debído a que tóda la actividad se realizába cerca de la cósta.

Los siguiéntes visitántes que llegaron, habiéndolo escuchádo a los anterióres grúpos, insistiéron sóbre el ermitáño y además añadiéndolo, —¿por qué tratábamos de ocultárlolo? La história se tomó en el púeblo con humor. Ése personáje núnca había existído ni se entendía cómo se había originádo ésa leyénda. Viéndolo el interés de los foráneos, se preparáron y al siguiénte grúpo que visitó la isla les confirmáron que sí existía, y que deseába vivir tranquilo. Y por éllolo, no se sabía el sitio exácto.

Si lo deseában los visitántes, se podía organizár un recorrido por el céntro de la isla e intentár encontrárlolo con la ayúda de tódos éllolos y en ése caso prestárlolo ayúda si la necesitába o al ménos charlárlolo con él.

Un grúpo que llegó, aceptó la proposición. Después de únos recorridos agotadóres, pués se les dába vuéltas y más vuéltas. Éso sí, visitándo parájes preciósos. Priméro les enseñában el volcán que ahóra, con su báse convertída en lágo, éra su fuénte de águá potáble. Luégo, paséos ilustratívos de la flóra y fáuna de la isla, visitándo cuévas, acantiládos, péro siémpre buscándo su posíble escondíte. A pesar de éllolo núnca se le encontró, aumentándo así su fáma.

A cáda nuévo viáje se añadía o inventába algo de interés al reláto pára hacérlo más atractivo. En úno, se llegó a saber que se llamába Píro. En ótro recorrido se encontráron réstos de un fuégó reciénmente apagádo y únas mántas abandonádas con precipitación al acercárse los visitánte. Ésto probába su existéncia. Con el siguiénte grúpo, úno de los guías, con gran vergüénza aceptó que en épocas de sequía o de torméntas, el ermitáño se acercába al púéblo a «pedír prestádo» algo de comída. Luégó desaparecía.

Cuando regresában los guías de éstos recorridos, no dejában de relatár los incidénte pára el deléite de los lugaréños. Cláro, ésto se contába cuando los visitánte habían ya partído. Lo de las brásas sí éra ciérto y no se sabía quién había encendído y apagádo el fuégó, en realidad, ¡nadie vivía en el céntro de la isla! Ésto del fuégó sí que sorprendió a los isléños.

Cuando los visitánte partían, se les despedía con un pequéño homenáje. Se obsequiába, al que la aceptába con algúna figuríta de bárro séco hécha por los niños. Al princípío, cási nadie se las llevába

por no tocárlas. Tiempo después, hasta pedían dos para dárselas a un amigo.

* * *

Debido a las quejas de algunos isleños, se convocó una reunión. El motivo era decidir si se debía permitir continuar con estas visitas que podían llegar a convertir la isla en un «jardín de animales exóticos» o en un espectáculo de circo. Se expusieron los diferentes problemas que estos encuentros provocaban. Lo peor era la tremenda humillación que algunos de los residentes sufrían al toparse con los forasteros. Comentaba un anciano, que uno de los llegados al verle, se puso a vomitar delante de él.

A pesar de disponer de buena pesca y fruta, en general los visitantes ya traían su comida y bebida y no la adquirían en la isla. Los saludos, contactos físicos o conversaciones cercanas siempre resultaban escasos.

A pesar de ello, la decisión fue seguir aceptando las visitas. No por los regalos o pagos que dejaban, que todo ayudaba, sino porque aun sin quererlo, llevaban el conocimiento de la isla y estos «foráneos» poco a poco se integraban. Algunos de ellos ya comían sus productos. Otros, hacían

amistádes y regresában individualmente a la isla por el interés que les había despertádo. Principalmente, la péscas de pérlas, la agricultúra y los recorridos por la isla. Al volvér al continente hablában con cariño de tódo éllo.

Al retornár, presentában éstos encuéntrós como úna experiéncia dúra. A pesar de éllo, también aclarában que se podían relacionár muy bién con los leprósos y que no éra el infiérno que ántes se creía. Y muy importánte, éstos «extranjéros», a véces se prestában a dar avísos o a realizár pequéños serviciós personáles.

Aceptándo que la apariéncia física de los isléños, en algúnos cásos, éra desagradáble; el recházo éra cáda vez menór. El tiémpo que permanecían en la isla hacía que, la comprensión, relación y entendimiéto mejoráran. Ésto éra lo que querían sus habitántes.

* * *

Por su páрте, Daúd y Azhár estában conténtos, especiálmente después de que el Sultán informáse que vendría a visitárlos y pasár un día con éllós. Quería conocér la isla y en lo posíble facilitár las condiciónes de vída de sus habitántes. Le acompañarían, maéstros, médicos, agricultóres y

ótroos técnicoos que pudiéoen aportar idéas. Y a su vez, aprendér de los isléños ¿cómo se habían organizádo?, y aplicár ésta experiéncia en ótroos lugáres con elevádos nivéles de leprosidád en su réino.

* * *

La redención

Reláta: Adél.

Continué visitádo la ísla hásta que vi que mi intervención como Mensajéro ya no éra necesária. Las mejóras que había traído la llegáda de Nára, luégo, habér lográdo traer a Azhár y a Daúd y posteriórmente, la visita del Sultán tan interesádo en ayudár, hiciéron que la ísla ya no estuviése tan aisláda.

Un comércio estáble existía éntre los isléños y el continénte. Las visitas désde allí éran bastánte habituáles. Éste sítio, ántes tan despreciádo había perdído ése hálo terrorífico y ganádo en comprensión.

Yo me sentía redimído de mi errór del pasádo. Creí llegádo el moménto de volvér con mi familia y retomár mi ofício con éellos. Ántes de partír, no dejé de recordár algúnos moméntos maravillósos que había pasádo allí. Éstos hácen que núnca váya a olvidár ésta ísla. Buéno, seámos sincéros, especiálmente a Nára.

* * *

Recuérdo con placér y algún rubór que úna vez, cuando estába ayudádo a un isléño, le pregunté

(como quien no quiere la cosa) ¿quién era esa mujer «no leprosa» de la que todos hablaban? Ella nunca había venido a pedirme ayuda. Así, le solicité al isleño que cuando la viese, le informase de que estaba dispuesto a hacerle algún encargo.

Mi «cliente», sonrió maliciosamente. Comentó que se llamaba Nara.

—Nara, ¿eso es todo?, insistí.

Volvió a sonreír y se sentó sobre una piedra, se cruzó de brazos y me explicó toda su historia, al menos lo que él sabía de ella. Noté que ponía un interés muy, pero que muy especial al relatarme su vida y al describirla.

Al acabar y despedirse, sonriendo de nuevo, añadió.

—Tiene pareja —dijo el isleño— y están muy enamorados. Muchos han intentado cautivarla entre ellos yo... sin éxito. Y se marchó.

* * *

Era tan evidente mi interés por ella, tanto, que los isleños, riendo, siempre me contaban sus últimas novedades. Yo, tenía mis motivos para justificar ese interés, pero, nunca podría reconocerlo ni revelarlo.

Se podía ver mucho desde la playa en donde yo estaba. Y yo miraba, a quién también me miraba.

Un día, uno de los que más la conocían, viéndome por ella me habló claramente.

—Adel, te apreciamos mucho, aunque más queremos a Nara y a Haméd y no deseamos crearles ningún problema. Él está muy enfermo, casi en fase terminal. Ella sabe que deseas conocerla, pero su vida está dedicada sólo a él. Ni se acerca a la playa los días que llegan los barcos. Sabemos que te admira por lo que estás haciendo por nosotros. A pesar de ello quisiéramos pedirte que no hagas tan evidente tu afecto.

Me sentí muy mal. Le dije que estaba avergonzado, que le rogase que me perdonara y, que nunca más volvería a suceder.

* * *

La desilusión de Nára

Reláta: El autór.

Nára, desilusionáda al ver partír a Azhár y Daúd, salió de Bagdád y atravesó úna vez más el desiérto, hásta el Sultanáto de su pádre. No se enteró de que ellós, habían decidído ir a la ísla.

Se acercó a palácio, péro no túvo el valór de entrár. Al finál, decidió que no podía marchárse pára siémpre de su tierra sin vérlo y que él la viése a élla.

Nára habló con los pádres de Haméd, los jardinéros de palácio. Les contó que su híjo había muérto. Que había quedádo embarazáda de él, y lo había perdído.

Les entregó su alfilér de óro pára que se lo diésen al anciáno Sultán en pruéba de que vivía y que siémpre los había tenído preséntes. Que le explicáran que no quería ir a palácio por la lépra y su vída anteriór.

Que le dijésen que le amába más que a su vída. Y le pedía que a la mañána siguiénte se paseáse por el jardín como hacía siémpre.

Nára subió a la pequeña colína, desde la que se divisába el palácio y su inménso jardín. Esperó a que su pádre saliése y tal como había hécho años atrás, cuando los guárdias la acompañában pára ver la puésta de sol, le saludó moviéndo los brázos como cuando éra pequeña. Él, arrodilládo y llorándo le envió un bésó de despedída.

* * *

Repitió el viáje que múcho ántes había hécho por el desiérto, hásta más allá de los confínes de su Sultanáto. Y se fué a vivír con ésos dos «pádres» que la habían adoptádo y querído tánto.

* * *

La madurez

Relátan: Nára y luégo Adél.

Qué alegría tuviéron mis pádres adoptívos al volvér a ver a su hijíta querída a quien creían muérta. Les conté lo sucedído a mi compañéro Jaríb al que adorában. Me explicáron, pára mi sorprésa, que él éra el híjo del Sultán y que éste había venído al puéblo pára sabér lo sucedído. Le contáron que después de vuéstra partída hácia el mar, no habían sabído náda más de nosótro. Qué triste nóicia le íbamos a llevár.

Yo por mi páрте, les relaté cási tódo lo que me había ocurrido. Sólo úna vez los vi llorár cuando les díje, cuánto había deseádo tener un híjo de él.

No preguntáron ni quisiéron sabér náda más. Se dedicáron a querérme.

* * *

Transcurriéron los años. Me consagré por entéro al negócio de comestíbles que éellos me legáron cuándo muriéron. Sentí que ésta etápa importánte estába terminándo y que la siguiénte pronto vendría.

Y llegó.

* * *

—Quisiéra encargár un sáco de dátiles fréscos de ésta temporáda, y ótro de los sécos, por favór. También diéz bólsas de arróz y cinco sácos grándes de harína.

—¿Deséa álgo más?

—No, sólo sabér cuánto le débo. Ya téngo tódo lo que necesito. Enviaré a álguien pára que lo recója ésta tárde.

—Se olvída usted de lo más importánte.

—No créo habérme dejádo náda.

—Se va usted sin su priméra espósa.

—No la entiéndo, ¿cómo sabe que no téngo espósa y que núnca me he casádo? A usted no la conózco de náda. ¿No cree que es úna afirmación muy impertinénte?

—Úna persóna tan ríca como usted, que cómpre sin preguntár el préco de los prodúctos, que se ha paseádo tóda la mañána por el mercádo adquiriéndo grándes cantidádes de mercancías bastánte cáras y que víste tan mal. Si tuviése espósa, élla no le permitiría andár como un mendígo por el mercádo.

—Además de comprar en su establecimiento y hacerle un favor, me insulta usted. Si está insinuando que aquí también se venden esclavas, puede cancelar el pedido.

—Adel, está claro que no me has reconocido. ¡Soy Nára! Nunca fui a pedir los servicios que tú ofrecías, así que nunca me viste, o sí, pero de muy lejos.

—¡Nára!, qué alegría, no me lo puedo creer. Supe que habías salido de la isla, no había ido allí en mucho tiempo. Cuando en el puerto me contaron que una mujer había cambiado un pequeño barco por caméllos y pagado el material de viaje con dinero, joyas y perlas, supe que eras tú. Te busqué varios días por el desierto. Debiste tomar otro camino. Nunca más supe de ti. Tengo curiosidad, ¿me puedes explicar a que viene esta proposición tan extraña?

—Disculpa, no pude resistirme, ha sido una broma, perdóname. Nunca un hombre de tu calidad y con la riqueza que posees, se podría interesar por una pobre vendedora de mercado y exleprosa. Así que no me da vergüenza contártelo.

Me enamoré de ti cási sin vértelo desde que llegué a la isla. Éras la priméra persóna que había tenido el valór de hacer algo por los isleños. No me atreví a acercárme a ti, sabía que tú conocías lo que había ocurrido al inicio de mi estancia en la isla. Tenía miedo de que interpretaras mal mi interés por ti al ser un «extranjero». Estaba al tanto de todos tus trabajos al servicio de los leprosos. Me relataron la historia de tu oficio como Transmisor de Mensajes, ¡qué maravilla! Hice lo que tú hacías conmigo, saber de tu vida.

—Pára Nára, pára. Discúlpame, déjame decir algo a mí también.

—Adél, permíteme acabar. ¡Estoy tan ilusionada! ¡Qué alegría me da verte!

Desde que supe que habías preguntado por mí, esperaba con tanta ansia la llegada de los barcos, deseando que en alguno vinieras tú. Te observaba siempre de lejos, muy escondida. Me había enamorado de ti por lo que estabas haciendo en la isla. Pero no quería, por mi padre, que se supiera mi presencia en la isla y de mi «oficio» al llegar a la isla. Cualquiera contacto contigo sería delatarme. Alguna cosa te pedí para mis alumnos, pero lo hacía a través de otros y pagado por mí.

—Yo también te veía, muy a lo léjos, a pesár de no estar segúro, siémpre pensé que éras tú.

—Luégo, Haméd se atrevió a hablárme. Él siémpre me había querído y me necesitába. Y yo, necesitába a álguien a quién querér. Me dediqué sólo a él.

Cuando murió y túve la oportunidad de salir de la isla que tanto ámo, pensé que te encontraría. Pregunté por ti en el continénte. Me dijéron que habías iniciádo un lárgo viáje.

—Sí, había partído a comerciár con úno de los capitánes.

—Perdída la esperánza de vérte pronto, planeé mi viáje a Bagdád pára buscár a álguien que ayudára a los leprósos de la isla. Después pensé volvér y buscárte. Sí, tomé ótra rúta diferente a la habituál de los traficánte de esclávos. Luégo, tódo me salió mal. Y ya no he sabído náda más de la isla, fracasé en mi inténto de ayudárles. Me quedé aquí con mis pádres adoptivos y he tenído úna bellísima y tranquila vída en éste puéblo perdído de las montáñas, ahóra soy cási feliz.

—Púés Nára, téngo que revelárte múchas notícias buénas que desconóces sóbre la ísla, ven conmígo y te las cuénto. Deséo y espéro, que me lléve el résto de mi vída contárte tódo lo que pasó púés, lo voy a alargár al máximo.

—Adél, ¿me estás pidiéndo ser tu espósa?

—Nára, cuando tú a escondídas venías a vérme, miéntras yo estába trabajándo en la pláya, también te veía. Me ponía en posición de mirár hácia donde tú estábas. Pregunté y me contáron tántas cósas maravillósas sóbre tu vída, que me enamoré de ti. Siémpre te recordaré escondiéndote éntre las palméras.

—Adel, ¡Cuánto tiémpo hémos perdído!

—Nára, sí, te ofrézco matrimónio y, además, mi amor eterno.

* * *

Múcho, péro múcho tiémpo después...



Nára y la flor de dos colóres

Reláta: el autor.

Adél túvo siéte espósas. Había contraído nuévas núpcias cáda cuátro años, por lo cual tenía aquélla edád en la que se tiéne más experiéncia y fantasía que en realidad energía o gánas.

A pesár de éлло y, como siémpre lo había hécho, cáda día ordenába ponér úna flor de dos colóres sóbre la almoháda de la espósa deseáda.

* * *

Úna tárde, a la más jóven de sus espósas, la que más véces la recibía, se le ocurrió úna idéa pára pasár de manéra diferénte las últimas hóras de la jornáda.

Propúso a las siguiéntes cínco espósas, ponér ésa

nóche la flor que recibieran en la cama de la anciana Nára.

La siguiente más joven aceptó al instante. La tercera creyó que sería divertido y accedió. La cuarta no contestó y la quinta y sexta, con pena en los ojos se excusaron.

* * *

Cuando la mujer del jardinero llevó una flor amarilla y blanca a la segunda de las esposas, las tres la tomaron y abriendo la ventana de la anciana la depositaron sobre su almohada.

Cuando Nára la vió, mil sensaciones pasaron por su alma. Hacía más de veinte años, cientos de lunas pasadas sin que la flor se posara sobre su almohada.

Se sentó sobre su cama, la olió, la apoyó sobre su pecho y lloró desolada.

* * *

Pasó un tiempo y Nára, con la flor en la mano, abrió la puerta y salió de su cámara.

Como esposa más lejana, tenía que pasar para llegar al que así la llamaba, por delante de la puerta

de las ótras séis dámas.

Al deslizárse por el pasillo no necesitába mirár, pára sabér que tódas estában entreabiértas y con la luz apagáda. También notó que el silencio pasába a rísas que se íban convirtiéndo en carcajádas.

Nára entró en la habitación del que la esperába.

* * *

Désde hacía múchos, múchos años, ya debído al desinterés de las jóvenes, ya a la edád avanzáda del anciáno, las nóches en la gran cámara éran de silencio y tranquilidad. Péro ésa nóche, como núnca, se vió animáda por conversaciones pausádas, instántes de silencio, de bésos, de recuérdos, de amor de voces bájas. Que se repitiéron úna y ótra vez, hásta que las últimas sómbras de la nóche le diéron la máno a la mañana.

Nára abandonó la habitación y encaminó sus pásos hácia la más lejána. Las séis puértas todavía entreabiértas. Náda se había movído désde que élla pasára.

El áire lléno de odio de la priméra se fué dulcificándo puérta a puérta, y en la séxta, úna máno cariñósa le tocó la espálda.

Nára jamás volvió a la gran cámara, ni la mujer del jardinero buscó flores en la campaña.

Ésa noche, él había comprendido lo que había pasado y recordó, al verla temblando, todo el amor que de ella hacía tiempo había olvidado. Los primeros besos, sus caricias y las primeras flores buscadas. Así, rejuveneció el verdadero amor con la fuerza de las noches perdidas y la calma de las estaciones ganadas.

A partir de ese día, cada noche, después de la cena, Adél, su esposo, pasaba por el jardín y antes de retirarse, se acercaba a su aposento, llevándole, sólo a ella, la flor tan deseada.



Péro Nára jamás volvió a dormir bajo sus sábanas.

Cuando después de un beso, un abrazo o una mirada él la dejaba, Nára tomaba la flor y cruzaba el pasillo. Se paraba delante de la gran cámara, volvía sobre sus pasos y dejaba la flor en la puerta de la esposa, que ese día, pudiese compartir con su amado, el mayor de los cariños a cambio de la verdadera calma. Poniendo en la balanza, las menguadas energías de su esposo y las necesidades, ilusiones y deseos de las deseadas.

Ella lo hacía con ese exquisito equilibrio de la mujer que ama y con ese entregár de la mujer amada.

Y por él... una flor enviada de esta manera, jamás fue rechazada...

Así, el amor, la paz y la tranquilidad reinaron en la gran casa.

* * *

Cuando esa noche tan especial, él le prometió que cada día depositaría la flor sobre su almohada, ella, frente a la puerta y de espaldas, le dijo en voz muy baja.

—*Adél, ésta ha sido de toda mi vida la noche más dulce, tierna y cálida, y como última, deseo así*

recordárla.

* * *

Cuando las últimas sómbras de la nóche se retíran,
ánte los priméros pásos de la mañána, Nára óye
úna espósa abandonár la gran estância.

Péro Nára, jamás volvió a su cámara.

* * *

Finál del recorrido con Nára

Reláta: el autór.

Nára, como tóque finál a nuéstro viáje, acabába de mostrárme lo que yo había escrío sóbre los últimos años de su vída. Débo reconocérlo, me emocioné. Qué belléza tenía ver pasár delante de mí, lo que yo había reflejado en papel hacía mucho tiempo y que había sido la razón de toda ésta historia. Ahóra me tocaría lo más dúro, lo más bello, escribir el résto de su vída.

Nára había cumplido su páрте, y yo, désde el moménto en que entré en palácio y vi a la jóven y elegante princesa, me enamoré de élla. Después, seguir su vída fué un verdadéro honor y placér.

Nára lograba que yo pudiése ver toda su vída anteriór, sin que élla (la princesa, la mujer adulta, o la leprosa) se diése cuenta de quién éra yo, no podía vérme. De ésta manera yo disfrutaba observándo pasár su vída delante de mí. ¡Qué fácil sería escribirla!

Además, élla se encargaba de írme llevándo mediante saltos en el tiempo a los moméntos más esteláres de su vída. Ésto me dejába estupefacto.

Me di cuénta de que éstos «viájes» que me transportában a vários períodos de su história, estában bién ordenados y escogídos, éran los mejóres según élla. Me parecían cási preparádos pára que constituyésen los capítulos de mi novela. Estóy segúro de que, si Nára quisiéra, sería úna gran escritóra. Me sorprendía cuando explicába lo que «su ótra élla» hacía, lo comentába y algunas véces criticába y ótras hásta justificába sus áctos. ¡Qué maravílla!

Cuando la jóven princesa hacía algo que mi guía recordába con vergüenza, me comentába (éso lo híce por célos) o, qué caprichósa éra yo de pequeña, siémpre me he arrepentído.

Lo único que no me permitía ver, éran sus relaciones íntimas con sus paréjas. Pedía que me retirára a descansár. Un día (debía estár de buén humor) me contó que úno de sus amántes, por las nóches le contába cuéntos. Él lograba que el clímax sensual de la relación coincidiera con el mejor momento del cuénto (no sé, cómo lo conseguía). Me díjo, que élla, a véces, no sabía a cuál de los dos prestárle mejor atención.

* * *

Me preocupába también que, al transcurrir tanto tiempo inmerso en esos viajes, me hiciése más viejo. Que cuando hubiése acabádo de recorrer su vida, yo también me habría convertido en un anciano. Sin embargo, no éra así. No notába que envejeciése. Qué experiencia, disfrutár, aprendér y sin hacérme más viejo. Como si dispusiése de dos vidas pára vivír.

* * *

Tal como he dicho, de ésta manera y poco a poco, Nára me permitió recorrer cási toda su vida. Historia que sólo el final, éra la que yo había descrito. Me la enseñó en preciosos y ordenados capítulos. Saltába de tiempo e historia con una intención evidente: su deseo de que me enamoráse de su personaje y lograr lo que élla quería. ¡Qué gran presentación hizo!

Además, me mostró otros personajes tan interesantes o más que élla... ¡qué sentido de los valores humanos tiene! Disfruté de su etapa en palacio, cuándo éra joven, guapa y caprichosa. Luego, me hizo llorar y emocionár en todo el resto de su vida. Élla quería mostrárme cómo fué en realidad en todas sus etapas. Y pára mí, todas éllas fueron maravillosas.

Pensé que, si yo tuviése que hacér lo mismo con mi vída, no sabría ni por dónde comenzár.

Corrigió, criticó, expresó y modificó algunas de mis idéas sóbre élla, como siémpre había deseádo que lo hiciésen mis lectóres pára así mejorár lo que escribo. Élla misma es la mejór de mis correctóres.

Cuando le comenté lo orgullóso que me sentía de su actitúd y comportamiéto duránte su vída en la «ísla de los leprósos», símplemente díjo que, ésa experiéncia podía ser úno de los mejóres capítulos en «mi» novéla. ¡Uf! No se lo íba a discutir y qué cláro lo tenía élla.

No sé cómo voy a justificár firmár éste reláto con mi nómbre, cuando es Nára quien lo ha escrito cási tódo.

«Así, en el futúro, añadiré tántos capítulos con reflexiónes mías o de élla sóbre su vída, que ésta história no va a acabár núnca. Me va a hacér falta múcho tiémpo, y voy a disfrutár completándola».

* * *

Habíamos llegádo al finál de ésta história y nos íbamos a separár. Élla, con la seguridad de que yo

incorporaría un hijo en su vida. Y yo, no tengo ni la más remota idea de cómo hacerlo para que sea digno de ella.

No pude evitarlo, le pregunté:

—¿Te podré ver alguna vez más? Me he enamorado de ti.

Sonrió.

—¿A cuál de las diversas Naras quisiéras ver? ¿A la vieja, a la guapa princesa, a la leprosa?

—No lo sé, a cualquier edad has tenido hombres que te han amado con pasión, que han deseado vivir siempre contigo. Aun así, tengo una pregunta que hacerte, aunque sé que no debería hacerla.

—Adelante Autor.

—¿Cómo aceptaste que Adél tuviese más mujeres? ¿Qué pasó para que te relegase y se olvidase de ti? ¿Qué ocurrió con su promesa de amor eterno? De todo esto, no sé nada.

—¡Qué poco sabes del amor, Autor! Esta pregunta es un golpe bajo e injusta, soy tu personaje, pero

téngo corazón. Núnca púde dárle el híjo, que tánto él, como yo deseábamos. Preferí que, al ménos él los tuviése. Necesitó casárse várias véces pára lograrlo.

En cuanto a su promésa de amór eterno, te voy a llevár hásta Adél pára que la respónda, sólo él podrá hacérlo. Víve en un bósque muy espésu, rodeádo de amígos. Está cási ciégu, muy viéjo y cercánu a la invalidéz. Yo voy a visitárlo con frecuéncia. Allí, podrás preguntárselo. De ésto, tú, todavía no has escrito náda.

Ve allí várias véces ántes de hacérle la pregunta. Házte su amígo, te enamorarás de él como híce yo. Y prónto verás que no es necesáriu hacérlo.

Allí te dejaré. Te he mostrádo tóda mi vída. Mi pártu del tráto contígú la he cumplído. Espéro que hágas lo mismo con la túya.

—Lo haré Nára.

—Pára equilibrár tu desafortunáda y cruél pregunta: tú, mi autór, ¿serías capáz de querérme tánto como los que tánto me han querido, podrías igualár el amór que de éllus he recibído?

—Quisiéra intentárlo Nára. Créés que mi personáje, tú, ¿podría llegar un día a amárme?

—Siémpre me he enamorado de los que me han querido. Péro me pregunto, ¿cómo sería una relación así, éntre un personáje y su autór, dónde viviríamos: en la história o en la realidad?

¿Cuál reláto escogerías, lo escrito, algún borrador, tu priméra versión, lo que todavía tiénes en ménte?
¿En el moménto en que nuéstra relación se deterioráse y ya no te gustáse, la reescribirías a tu gústo?

Inténtalo Autór, no me éres indiferénte, después de tántos años en tu compañía siénto afécto por ti. Si yo he podído llegar al mundo de la realidad, te debería ser fácil, sin mi ayúda, entrár en el país donde vive la fantasía ahora que sabes que existe. Me quédo esperándo tu história. Si lo háces, te prométo que, con mi híjo, volveré a salir de élla pára visitárte.

—Escúcho y obedézco, sin embárgo, después de ver tu vída tan heróica, no créo estár a ése nivél. Intentaré cumplír lo prometído. ¡Adiós Nára!

—¡Grácias por tódo Autór!

* * *



Adél el Viéjo

Relátan: Los hijos de Adél, Adél y el autór:

—¿Qué quiere ahóra nuéstro viéjo pádre?

—Píde que le llevémos a lo álto de la colína, júnto al arbústo que de jóven plantó, con el cordéro recién nacído, que lo depositémos sóbre la tierra y le dejémos morír allá.

—¡Oh!, ésto es nuévo, duránte años nos ha pedído

***Que le escuchémos,
que aprendámos de él.***

***Que sus pádres
múcho le enseñáron
y lo guárda déntro de él.***

—Póbre viéjo, lo que nos cuenta no nos interésa y si lo llevámos allí y lo dejámos morir, la justícia vendría y en lugar de heredár sus propiedádes, nos impondrían lárgas condénas y, ésas sin repartír.

* * *

El anciáno, que óye ésto de sus híjos, los abandóna apenádo. Con energía repentiná se despója de sus vestidúras, toma el cordéro éntre sus brázos, pártelo hácia la colína, y se siénta sóbre la tierra júnto al arbústo que plantó. Rodeádo de tódos éstos amígos: animáles, vegetáles y mineráles, a éellos se dirigió.



—Amígos míos, la naturaléza os ha dádo el don de recibír de vuéstrós antepasádos tódo lo que éellos aprendiéron.

Yo, humano imperfecto, no he podido a mis hijos enseñar lo que mis padres con tanto amor me transmitieron, y lo que en esta vida con grandes esfuerzos aprendí.

Soy viejo y estoy a punto de morir. Pero no lo haré, os lo prometo, hasta que os cuente, de la misma manera como mis padres hicieron conmigo, toda una vida de experiencias. Para que también vosotros la conozcáis y con cariño a los vuestros la podáis enseñar.

Os pido que me escuchéis; y cuando mis hijos o los hijos de sus hijos estén dispuestos a oír, se lo contéis para que lo sepan y con los suyos a su vez lo puedan compartir.

El árbol, el cordero, y la colina: todos escucharon. Los días se lo contaron a las noches, las noches en secreto se lo dijeron a los años y los años fueron pasando, oyendo, aprendiendo y disfrutando.

El bosque que había crecido del árbol, el rebaño que había escuchado al cordero, las bellas montañas que rodeaban la colina...

¡Tódos ellos éran ya adúltos!

Péro el viéjo Adél no parába de contár, enseñár y emocionár.

Y hásta la lúna, cuando estába lléna, con la excúsa de iluminárnos venía a curioseár.

Ni sus h́ijos, ni los h́ijos de los h́ijos de sus h́ijos núnca viniéron. Núnca estuviéron preparádos pára escuchár.

*** * ***

Yo, que grácias a Nára conózco el lugar, cuando téngo deséos de compañía y gánas de mejorár, me adéntro muy de mañana en lo más oscúro del bósque, me siénto siémpre sóbre la misma piédra, mirándo al frondóso árbol, y cuando las priméras lúces del álba me lo permíten, véo al bellísimo cordéro bláncο tirándo del viéjo, ayudándo en el camíno hácia el árbol que aguardándo está.

El anciáno, ahóra cási ciégo y con dificultádes pára hablár, se siénta en el huéco del trónco que con tánto caríño le ha preparádo su aḿigo vegetal.

Luégo tóma úna piédra del suélo y la tíra con
dulzúra sóbre su amíga la tiérra pára indicárle que
va a comenzár.

Ciérro los ójos con gózo, hásta que la fráse que
tántas y tántas véces he escuchádo me vuélve a
emocionár.

**«—Oídmé con cuidádo, siémpré decía, que los
días son muy córtos, y hoy, y hoy, os téngo
múcho que contár»**



* * *

**Y yo, un símple autór, sígo viajándo, buscándo y
pensándo en ése híjo tan deseádo. A ver si,
algún día encuéntro ése múndo de la Fantasía y,
puéda tocár en la puérta de la cása de Nára,
emocionádo y triunfánte.**

Epílogo

He recorrído médio múnido buscándo a Nára. No necesitába que ése sítio fuése un gran palácio. Encontrárla en la más pequeñas de las chózas hubiése sído suficiénite pára mí, si élla, frénite a la puérta me saludára al vérme llegar.

Péro no lo he lográdo, he fracasádo. Quería decírle, que he intentádo cumplír lo prometído, sin embárgo, a pesár de tódo el esfuérzo que he puéstó, no lo he conseguído. Su híjo, tal como yo quisiera, debería ser álguien muy especiál, péro no sé cómo describírlo.

Cansádo de tánto peregrinár, regresé a cása y me senté en el báncó del párque en donde la vi por priméra vez.

Pasó múcho tiémpo.

* * *

La llúvia de tántas primavéras mojába mi espálda, los verános la secában, los otóños me preparában pára los fríos inviérnos. Éste áño, mi cabéza se ha cubiéрто de cópos de niéve y de cánas.

Sentí una mano que se apoyaba sobre mi hombro por detrás del banco.

—No te asustes y préstame atención. Sigo siendo fea, exleprosa y vieja.

Nunca te indiqué cómo debías relatar lo que te pedí. No necesitaba que fuese en una servilleta, un folio de papel, usando una máquina de escribir o en una pantalla de ordenador.

Pero quería que lo hicieses con el corazón... y eso, sí que lo has hecho muchas veces. Vengo a cumplir mi promesa.

Emílio, mi hijo desea conocerte y, yo, verte.

* * *

Fin de Nára y la isla de los leprosos

Por Emílio Vilaró

Reconocimientos

«La História de Omár o el valor del agua», me fué inspiráda al leér, en «El Instituto del mundo árabe» de París, un téxto explicatívo de una fóto de un oasis. Recuédo que lo que me interesó fué lo importánte que es dárle valor a las cosas símples como el agua o reconocér la importáncia de las cosas que para ótras personas tiénen valor.

Años después, averigüé que lo que había leído éra páрте de un cuénto muy antiguo y de autór desconocído «El agua del paraíso».

* * *

**Agradecimientos a éstos amigos, su ayúda a
hécho que esté orgullóso de lo escrito. Espéro
no olvidár a nádie.
(por órden alfabético)**

Pere Ancochea
José Antonio Álvarez
Alfonso Casero
Joan Miquel Castellá
Emilio Castellá
Pía Celeste
Pere Comeche

Antonio Chávez
Andrea Dalmau
Francesc Fabra
Joan Forés
Salvador Gómez
Maricarmen Gómez
Dr. José Ramón Gómez (director Lepra Fontilles)
Alberto Grunwaldt
Valentín Hernández
Xavier Marcet
Marita Ramírez (traducir la novela al catalán)
Miguel Salinas
Félix Tundidor

«Club de lectura de literatura fantástica de la biblioteca Jaume Fuster»

Éste documento está disponible en formato .PDF,. ePUB y .MOBI en nuestra página Web:

Más de ciento cincuenta cuentos, relatos, ensayos y novelas en:

www.evilfoto.eu

Comentarios a:

buzon@evilfoto.eu

Blog literário.

<https://cosasdeemilio.wordpress.com>

Nóta del Autór:

Ésta obra está tildáda, o séa: las palábras llévan la tílde (´), en el sítio donde la palábra tiéne el acénto.

Después de míses de lectúras de óbras así escritas, podémós asegurár, que su lectúra, es la normál. Al leér así, no hay ninguna diferéncia de pronunciación o sentído del habituál.

Si deséa sabér los motivos, qué ventájas e inconveniéntes tiéne éste tildádo, puéde leér éste documénto:

http://www.evilmfoto.eu/pagina_cuentos/cuentos_21.htm

Modificacíoés a 1424:

**2021-02-22, 2021-02-25, 2021-02-26,
2021-03-06, 2021-03-08, 2021-03-10,
2021-03-11, 2021-03-12, 2021-03-17,
2021-03-21, 2021-03-22, 2021-03-23,**

2021-03-24, 2021-03-25, 2021-03-26,
2021-03-28, 2021-03-29, 2021-04-01,
2021-04-03, 2021-04-04, 2021-04-05,
2021-04-06, 2021-04-07, 2021-04-08,
2021-04-10, 2021-04-12, 2021-04-13,
2021-04-14, 2021-04-15, 2021-04-17,
2021-04-23, 2021-04-24, 2021-05-02,
2021-05-17, 2021-06-14, 2021-06-17,
2021-07-20, 2021-07-27, 2021-08-21,
2021-09-18, 2021-11-02, 2021-11-02,
2021-11-12, 2021-11-13, 2021-11-21,
2021-12-29, 2022-06-19, 2022-06-21,
2022-06-22, 2022-06-25, 2022-06-29,
2022-06-29, 2022-07-04, 2022-07-05,
2022-07-12, 2022-07-13, 2022-08-08,
2022-08-09, 2022-08-22, 2022-08-30,
2022-09-09, 2022-09-10, 2022-09-14,
2022-09-29, 2022-09-30, 2022-10-06,
2022-10-15, 2022-10-30, 2022-12-07,
2022-12-14, 2022-12-18, 2022-12-23,
2022-12-25, 2022-12-31, 2023-02-09,
2023-02-21, 2023-03-05, 2023-03-09,
2023-03-16, 2023-03-18, 2023-03-27,
2023-07-07, 2023-10-30, 2023-12-24,
2023-12-25, 2023-12-28, 2023-12-30,
2024-03-05, 2024-03-06, 2024-03-31